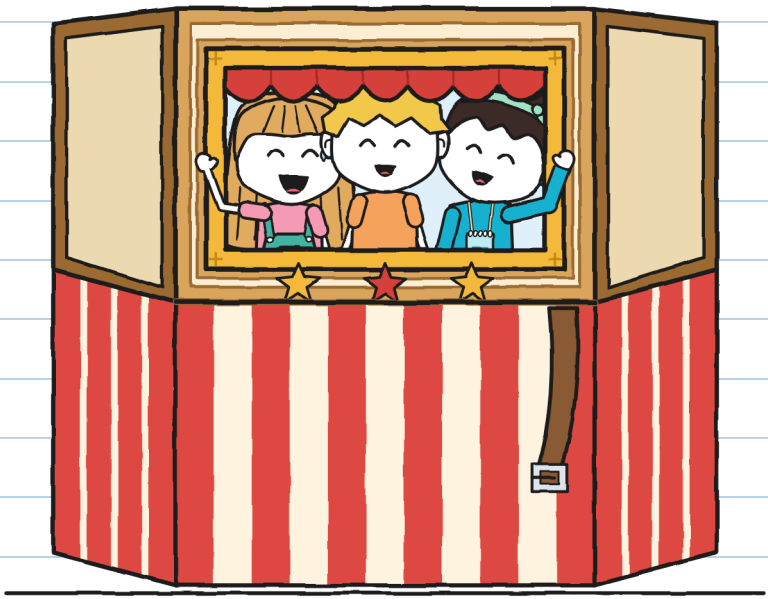
ENTREGAS IMPOSIBLES · 6

Un sitio para tres

LinguAula



(el cuaderno de Guni)

TALLA L
Nivel avanzado · 11+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 6

Un sitio para tres

Texto e ilustraciones: LinguAula

TALLA L · Nivel avanzado · 11+

Primera edición: 2026

© 2026 LinguAula · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Sexto libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde», «No abrir antes del trueno», «Devuelto, por favor», «¡Aquí no, Miga!» y «Una tarta para dos».

LinguAula

Trabaja cada capítulo en linguaula.com



Este se lleva entre tres. Yo ya he elegido asa. —J.



Compartido. Cabemos. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo plegado.

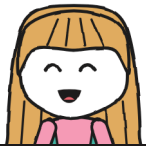


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: los dragones de verdad no existen y los paquetes no vuelven volando. Para un traslado de verdad, mira la página 76. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Mide en centímetros. Esta semana cuenta también otra cosa.



Julita. Se sabe el camino. Explicarlo es otro asunto.



Noa. Amiga de Julita desde antes. Mide en pasos: los lleva siempre puestos.



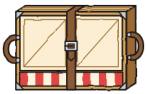
Irene. Lleva el taller de teatro. No dice por dónde: dice «alto».



Toño. De RAYO y de la tienda. Cronometra y no opina. Casi.



Mara. Presta el paquete. La caja no la suelta.



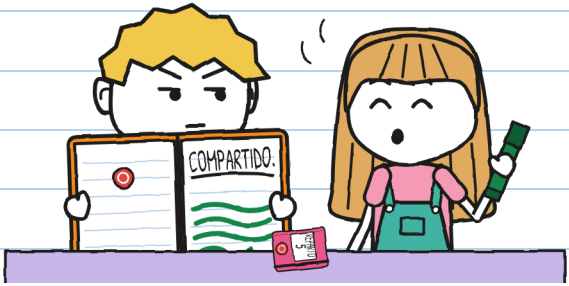
El n.º 6. Un teatro que cabe en una caja. Si nadie sujeta la correa, se abre donde quiere.



R. Remitente. Esta vez dejó una línea en un inventario.

CUADERNO DE REPARTO 6
de Guni

COMPARTIDO.



El cuaderno 5 se acabó con dos agujas en una esfera. Este es naranja, como una mandarina, y también lleva el sello de la tienda.

En la primera página escribí una sola palabra y dejé media página libre, por si acaso. No duró libre ni un minuto.

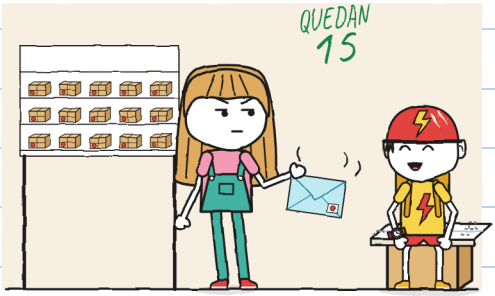
Yo he compartido la primera página con mi letra. —J.

CAPÍTULO 1

¿Por qué hacen falta tres?

El lunes, al salir del colegio, Julita me esperaba en el mostrador con un sobre en la mano. No era verde ni azul. Era turquesa, y estaba cerrado.

—Lo ha traído el cartero. Pone «A la tienda Entregas Imposibles». Llevo un rato sin abrirlo.
—¿Cuánto rato?
—Veintiocho minutos —dijo Toño desde su caja, mirando el reloj—. Récord del barrio.

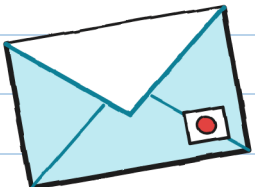


No era mío. Los sobres que no son míos pesan el triple. —J.

Mara lo abrió con una uña.

Soy Irene, la responsable del taller de teatro del centro vecinal.
Al poner al día el inventario he encontrado una línea:
«Teatrillo plegable: pendiente de recibir».
¿Lo tienen ustedes?
El sábado 31 es la gincana del barrio.
Si el teatrillo llega plegado a nuestro patio,
llevado por un equipo de tres, lo firmo allí mismo.
En el equipo de Noa hay sitio para tres y, de momento, solo está ella.

Julita: ¡soy yo! Ahora hago teatro.
Tráete a alguien que sepa de paquetes. –Noa



«Alguien que sepa de paquetes». Ese era yo. Lo de «paquetes» me gustó. Lo de «alguien», menos.

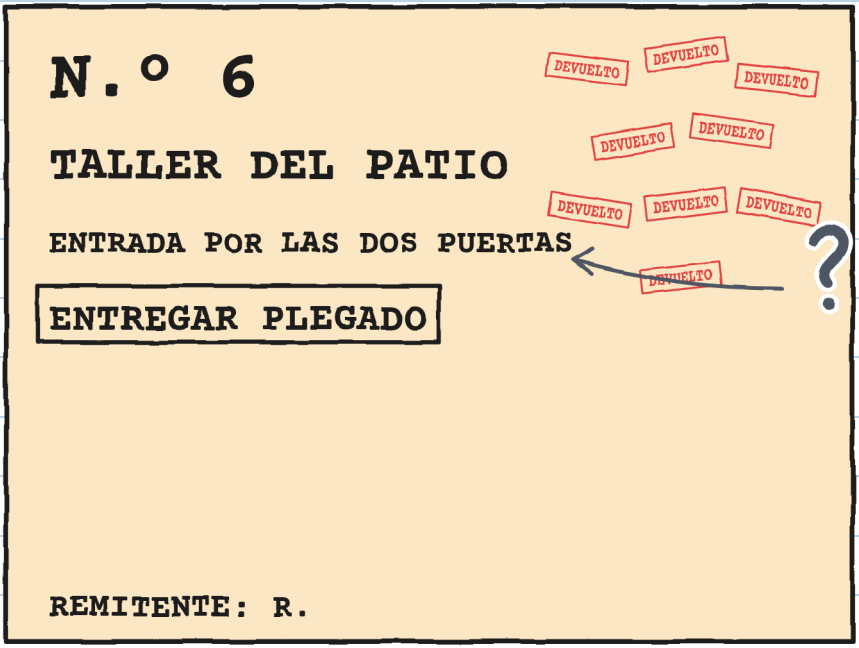
A las cinco llegaron las dos. Irene llevaba una carpeta, un chaleco lleno de bolsillos y un silbato colgado del cuello. Noa llevaba una libreta colgada de una cuerda y un lápiz turquesa detrás de la oreja.

Julita y ella se abrazaron tanto rato que me dio tiempo a medirlo: once segundos. Yo me quedé a un lado, con el cuaderno. Un cuaderno también sirve para eso: para tener algo en las manos.

—Este es Guni —dijo Julita—. Sabe de paquetes.
—Hola, Guni que sabe de paquetes —dijo Noa. Y apuntó mi nombre en su libreta.



Mara se subió al taburete azul y bajó de su balda el n.º 6. Una caja igual que todas.



—Nueve sellos —dijo Julita.
—«Las dos puertas» —leyó Noa—. ¿Qué dos puertas?

Irene no lo sabía. Mara, tampoco. Yo lo apunté con un signo de interrogación.

—Lo llevé nueve veces —dijo Mara—. Los lunes me abría la costura. Los miércoles, el coro. Los viernes, el ajedrez. «¿El taller? Aquí no es.» Nadie firmaba por un taller.

—El teatro ensaya en el patio —dijo Irene—. Y en el patio no hay timbre.

Abrió la carpeta y le enseñó a Mara una hoja con un sello del centro.

—Ahora está en el registro: «Taller de teatro. Responsable: Irene». Por un taller ya firma alguien.

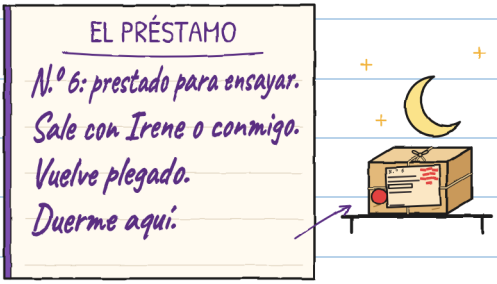


—Ahora que hay quien firma, ¿por qué no se lo lleva Mara en su caja, como el soporte de Elia? —preguntó Julita.

—En su caja lo llevé nueve veces —dijo Mara—. Ahora las condiciones las pone quien recibe.

—Un teatrillo plegable es para llevarlo a las plazas —dijo Irene—. Tengo que ver que mis niños pueden con él por la calle. Si no pueden, no me sirve. Y no firmo lo que no me sirve.

—Eso ya lo he oído yo en una panadería —dijo Mara. Y apuntó sus condiciones en el libro. La etiqueta se queda en la caja, y la caja, con Mara.

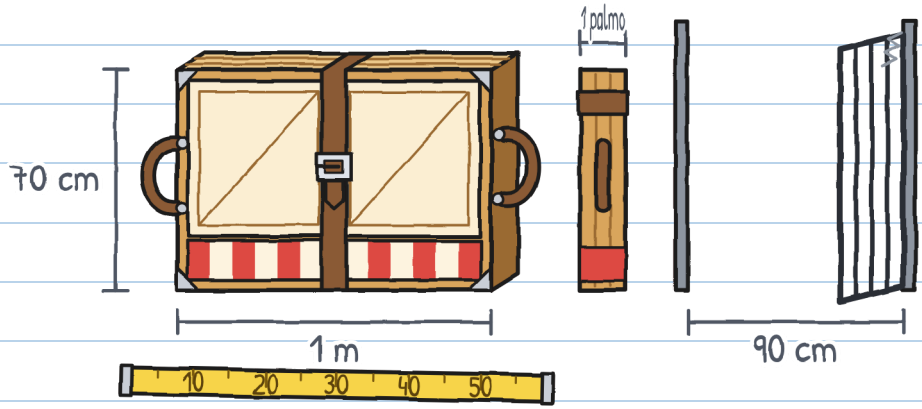


Si duerme en su balda, al amanecer no tiene adónde volver. Sigue en nueve sellos. Lo pregunté. —J.

El martes fuimos al patio del centro vecinal. Se entra desde la acera por una cancela de hierro que se cierra sola.

Mara puso la caja en el suelo y soltó la tapa. Al salir, el teatrillo creció, como el soporte de Elia. Yo ya no me asusto: saco la cinta.

MEDIDAS DEL N.º 6

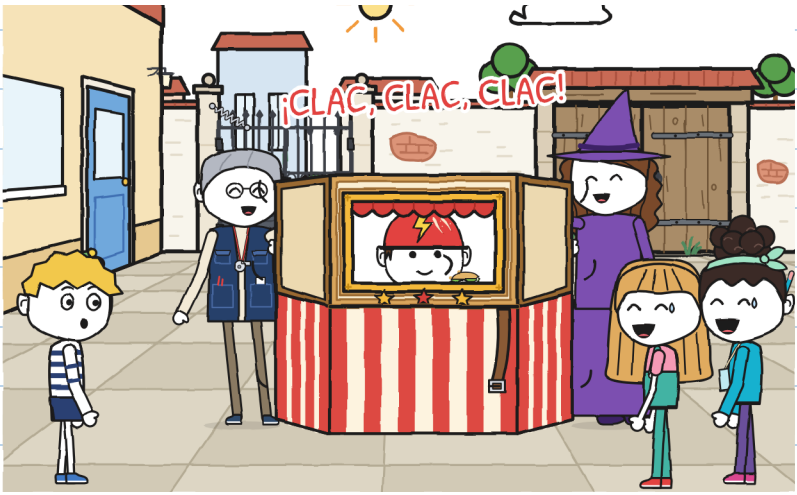


De canto, cabía por la cancela. Eso era lo fácil.

Antes de nada, Irene quiso ver si estaba entero. Soltó la correa y giró el fardo. Los paneles se abrieron solos, por su peso: clac, clac, clac. Un escenario con tres paredes, un telón corto y una ventana con marco en el panel del fondo.

Por la ventana se veía a Toño, que pasaba por allí con un bocadillo. Tenía la boca llena. No pudo saludar.

—Está entero —dijo Irene—. Regla del taller: las manos, en las asas. En las bisagras, nunca. Y en los giros, alguien sujeta la correa.



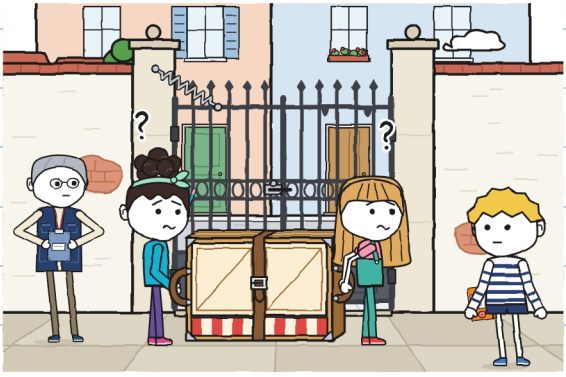
Irene y Mara lo plegaron y abrocharon la correa.

—Probamos nosotras —dijo Julita. Noa ya estaba en la otra asa.

Contaron hasta tres y lo levantaron. Podían. Dieron una vuelta al patio. Llegaron a la cancela. La cancela estaba cerrada.

Julita la miró. Noa la miró. Tenían cuatro manos y las cuatro estaban ocupadas.

Yo estaba a dos metros, con las dos mías libres y un cuaderno.



Sujeté la cancela con la espalda. Pasaron. Irene apuntó algo en la carpeta.

Esa tarde inventé el aparato de este cuaderno.

EL MEDIDOR DE TRES

quién hace qué en cada tramo

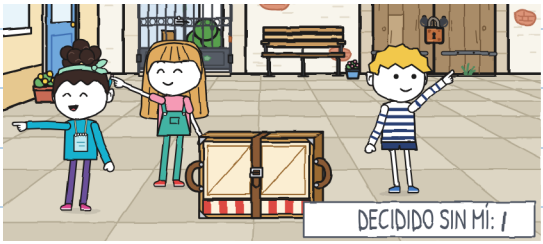
	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 
patio, primer intento	Julita y Noa	Julita y Noa	
patio, segundo intento	Julita y Noa	Julita y Noa	Guni

Dos nombres repetidos y una casilla vacía: no se pasa. Con la casilla llena, sí.

Y apunté otra cosa, más pequeña: «Una cancela también la sujeta una piedra».

Faltaba entender la etiqueta.
—Las dos puertas son las dos hojas de la cancela —dijo Julita.
—Hay que abrir las dos —dijo Noa.
—Podríamos medir primero la tapia por fuera —dije yo.
Señalamos los tres a la vez. Julita, la cancela. Noa, la sala del taller. Yo, la calle.
—Luego —dijeron las dos.

Fui yo solo. Di la vuelta a la tapia y encontré una cosa. Cuando volví, se estaban riendo de algo que pasó antes de que yo llegara al barrio. Abrí la boca.
—Ya está decidido, Guni —dijo Julita—. Son las dos hojas.
Cerré la boca. Y el cuaderno.



Esa rayita la vi dos días después. Era mía. —J.

CAPÍTULO 2

¿Quién conoce el camino?

El miércoles tocaba el primer trayecto: de la tienda al patio, por la calle. Cuando llegué, el medidor ya estaba relleno. En verde.

—Tú y Noa cargáis —dijo Julita—. Yo oriento, que me sé el camino. Y como voy delante, abro paso.
—Lo hemos pensado viniendo —dijo Noa.

En verde no se borra. Segunda rayita.

EL MEDIDOR DE TRES

	CARGAR	ORIENTAR	ABRIR PASO
patio, primer intento	Julita y Noa	Julita y Noa	
patio, segundo intento	Julita y Noa	Julita y Noa	Guni
tienda → patio	Guni y Noa	Julita	Julita

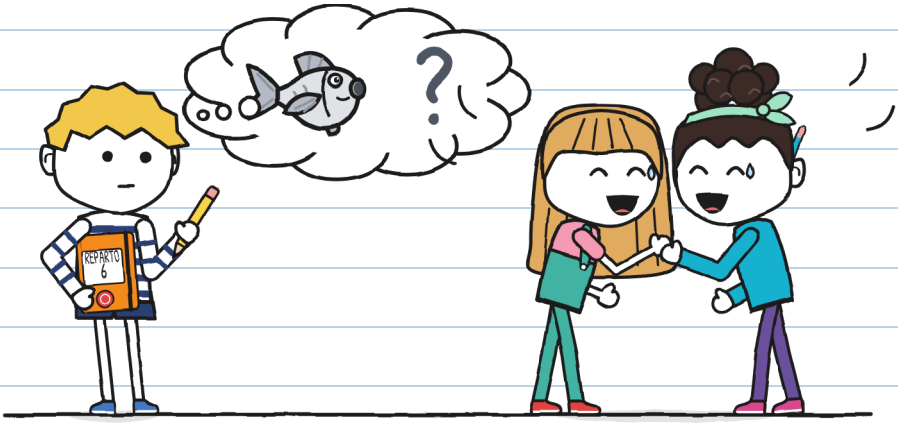
DECIDIDO SIN MÍ: 11

—Antes de salir podríamos hacer un plano —dije—. Con los giros numerados.
—No hace falta plano —dijo Julita—. Es todo recto hasta el pez cojo.

A Noa le dio la risa. A Julita, también.

—¿Qué pez?
—El pez cojo es el pez cojo —dijo Noa.
—Es una historia larga —dijo Julita.
—Y muy buena —dijo Noa.

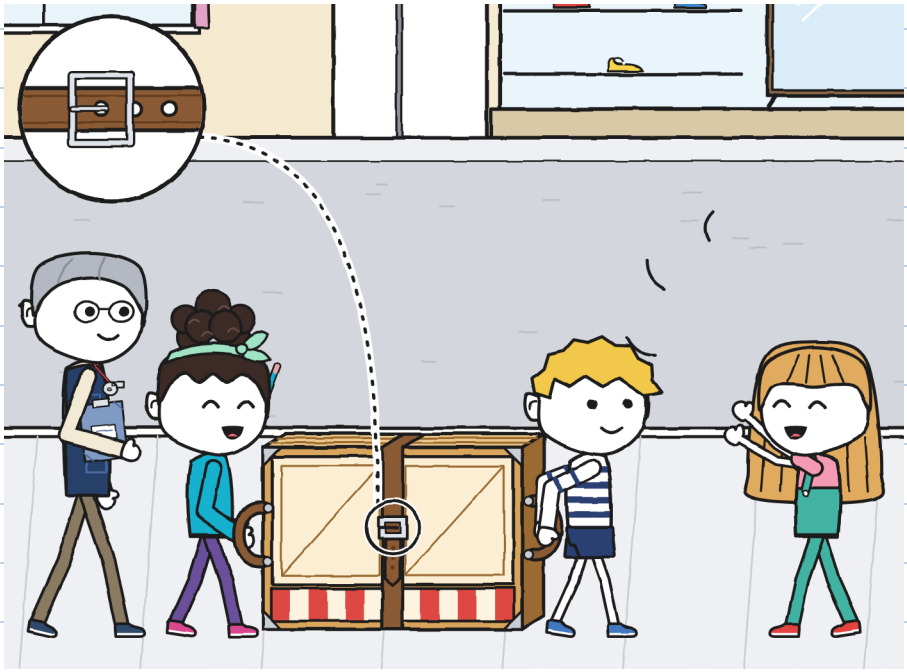
No me la contaron. Tercera rayita.



Mara sacó el teatrillo de su caja en la puerta de la tienda. Noa abrochó la correa en el primer agujero.

—Así se suelta antes cuando lleguemos.

Yo iba delante y Noa, detrás. Delante se ve la calle. Detrás solo se ve teatrillo. Irene venía la última, con la carpeta y el silbato. No decía por dónde. Decía «alto» cuando había un bordillo.

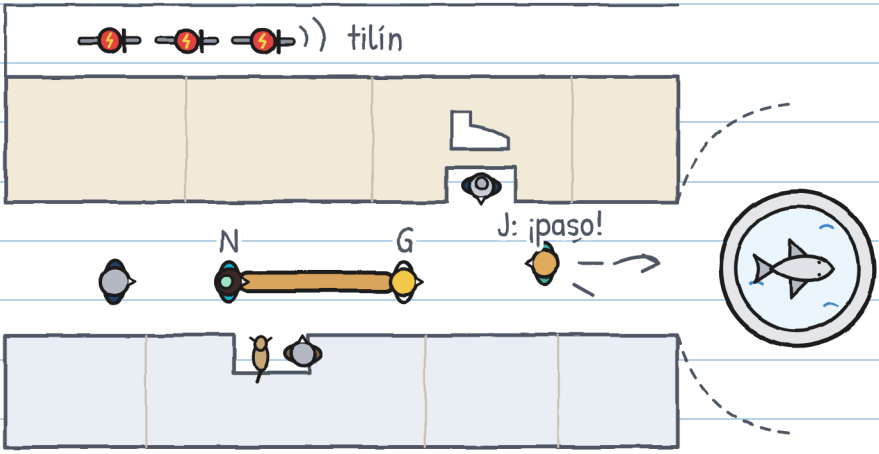


Julita abría paso muy bien.

—¡Paso, que va un teatro!

La zapatera salió a la puerta para verlo. Un señor con un perro esperó en un portal. Lejos, al otro lado del barrio, sonó una campanilla. Tilín.

—RAYO está ensayando su prueba —dijo Noa—. Van en bici, con un sobre. Nosotros vamos a pie, con esto.
—Con esto no se corre —dijo Irene.

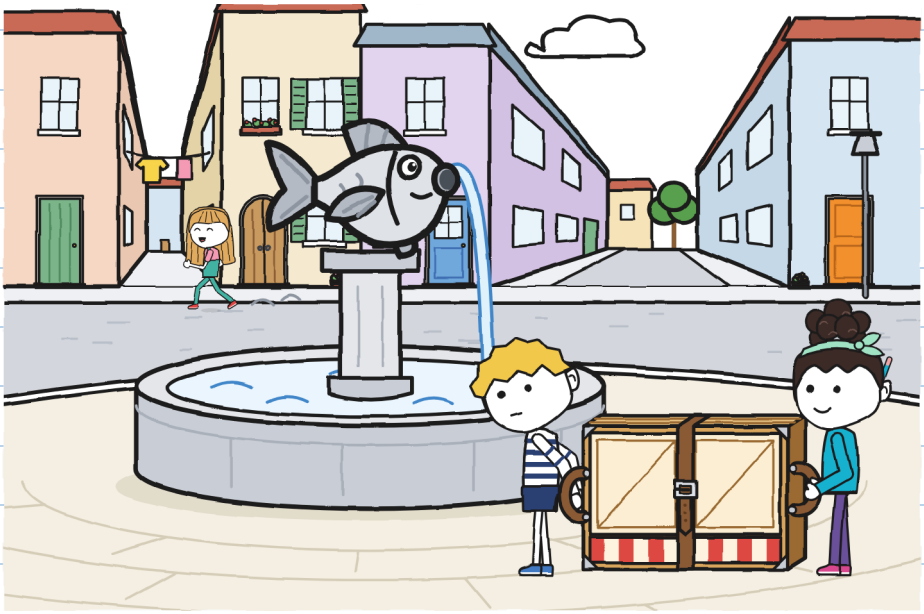


Llegamos a la plazuela de la fuente. Julita se volvió, gritó la indicación y echó a correr hacia el centro, para ir sujetando la cancela.

—¡Hasta el pez cojo y torcer!

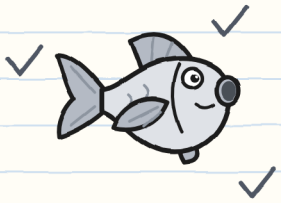
Y ya no estaba.

En medio de la fuente hay un pez de piedra. Lo miré bien. Desde mi lado tenía todas las aletas.

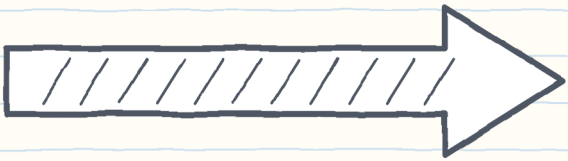


Pensé deprisa, que no es lo mío.

Pez de la fuente: aletas a la vista, todas.
No es cojo.
Habrá otro pez.



Torcer: ¿a qué lado?
Izquierda, calle estrecha.
Derecha, calle ancha.
Un teatrillo va mejor por lo ancho.



—¿Tuerzo ya? —pregunté hacia atrás.
—¡En el pez cojo! —dijo Noa desde detrás del teatrillo.

Seguí buscando otro pez. No había. Torcí a la derecha.

Nadie dijo «giro». Nadie sujetó la correa. En el primer agujero, la hebilla aguanta poco.
Clac. Clac. Clac.

Los paneles se abrieron despacio, uno detrás de otro, alrededor de Noa. Irene tocó el silbato. Cuando paró el ruido, en medio de la calle había un teatro. Y dentro del teatro, Noa.
—Hola —dijo por la ventana.

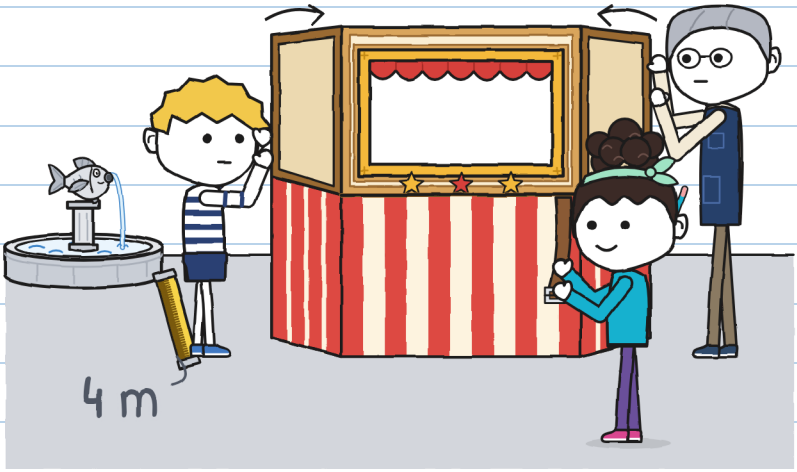


Irene le miró las manos a Noa. Luego, las mías. Estaban todas enteras: los paneles pesan poco y se abren despacio.

—¿Quién orientaba? —preguntó.

Nadie contestó. Quien orientaba estaba sujetando una cancela, dos calles más allá.

Lo plegamos entre Irene y yo, con las manos en los largueros. Mientras tanto, medí: de mi pie a la fuente, cuatro metros.



Julita volvió corriendo.

—¡Pero si era en el pez cojo!

—¿Qué pez cojo?

—¡Ese! —Señaló la fuente—. A la izquierda.

Como siempre.

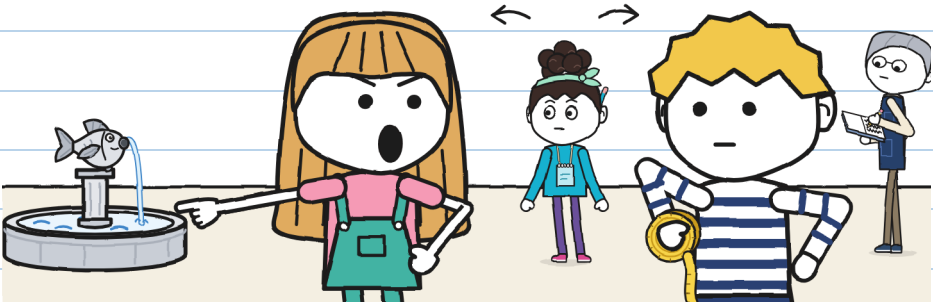
—«Siempre» es antes de que yo llegara.

Julita se volvió hacia Irene.

—Es que Guni se ha perdido.

Yo no me había perdido. Sabía exactamente dónde estaba: a cuatro metros de la fuente. Lo acababa de medir.

Eso también lo decidieron sin mí. Cuarta rayita.



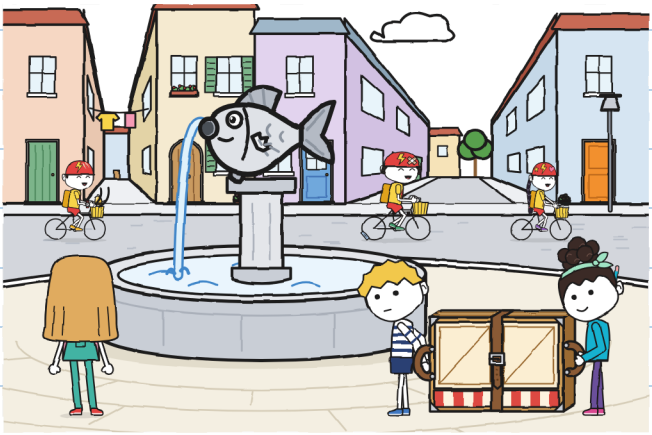
Lo dije en voz alta y delante de gente. Lo sé. —J.

Me enseñaron el otro lado del pez. Le falta una aleta, la de la izquierda. Para verla hay que saber que no está.

Repetimos el giro. La primera vez dije «giro» demasiado pronto. La segunda, demasiado tarde. La tercera salió, pero nadie hablaba.

Entonces pasó RAYO por la calzada: Zoe, Bruno y Toño, en fila, con las manos en el manillar. Tilín en la esquina. Dieron la vuelta a la fuente sin frenar y sin tocarse.

—Estación uno, a la primera —dijo Toño al pasar.



Llegamos al patio de noche casi. Mara guardó el teatrillo en su caja y se lo llevó a la tienda.

Apunté lo de hoy en el medidor. Las tres casillas tenían nombre y, aun así, se nos había abierto un teatro en la calle. Al medidor le faltaba algo. No supe qué.

EL MEDIDOR DE TRES

	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 	
tienda → patio	Guni y Noa	Julita	Julita	
tienda → fuente	Guni y Noa	Julita	Julita	se abrió · repetido 3 veces

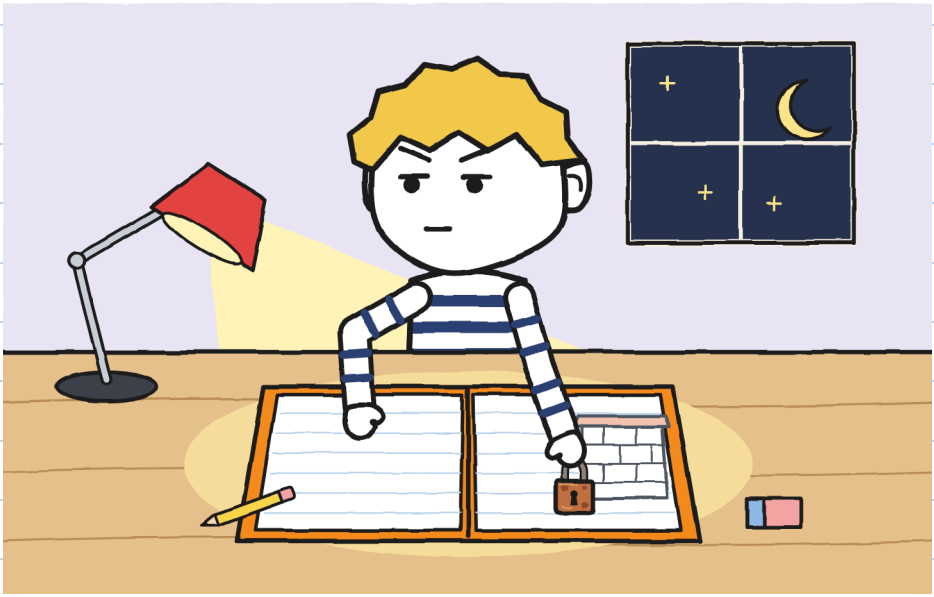
?

Mi nombre sale dos veces en esa fila. Y yo no estaba en ninguna de las dos. —J.

En casa dibujé, en la última página, lo que había encontrado el martes detrás de la tapia. Lo tapé con la mano aunque estaba solo.

Pensé: «Mañana fallarán otra vez. Entonces lo saco».

Me pareció un buen plan. Tenía hora y todo.



Esta página la leí el jueves. No me gustó. La mía del miércoles, tampoco. —J.

CAPÍTULO 3

¿Sirve el plano de Guni?

Esa noche hice el plano entero. El patio visto desde arriba, la tapia medida, la cancela, la fuente, los tres tramos. Y, detrás, lo del martes.

Me salió un plano muy bueno. Lo doblé en cuatro y lo guardé dentro del cuaderno.



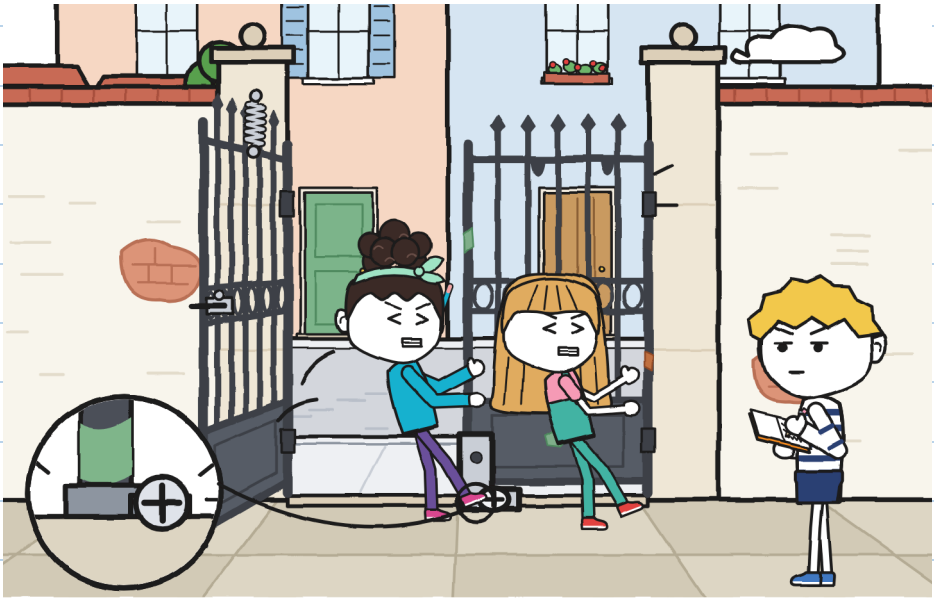
El jueves, en la tienda, Noa estaba contando.
—De la puerta al bordillo, seis pasos. Del bordillo a la farola, once.
—Eso se mide con cinta —dije.
—Yo mido en pasos. Los llevo siempre puestos.

Le medí un paso: cincuenta y ocho centímetros. Ella lo apuntó en su libreta. Yo, en mi cuaderno. Julita nos miraba como quien ve dos relojes dando la misma hora. Yo creía que Noa sería otra Julita. No lo es. Noa cuenta.



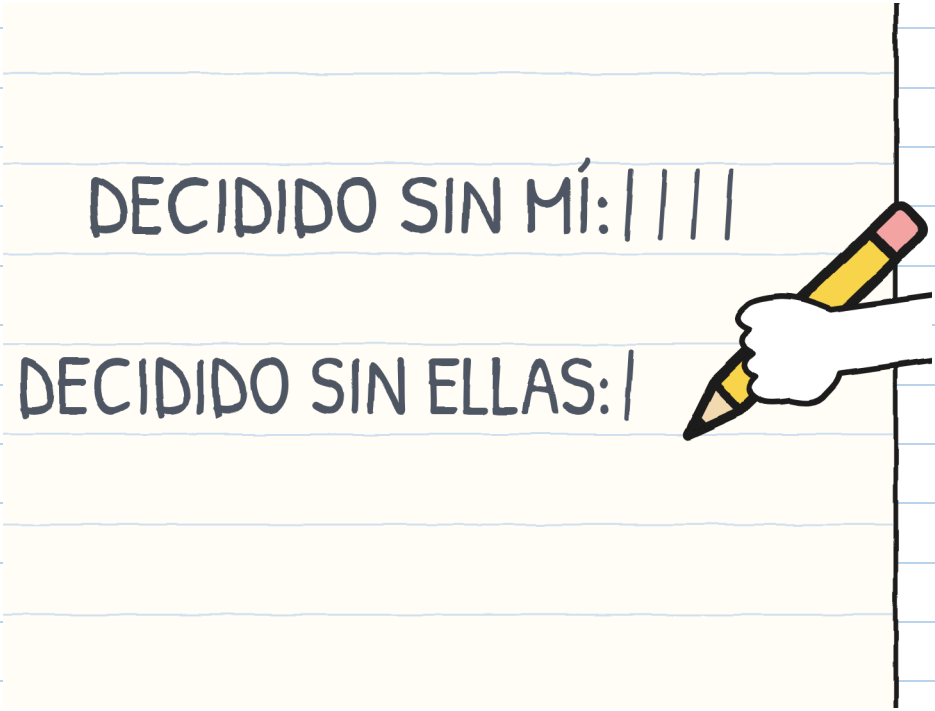
Fuimos al patio con Irene. Julita y Noa querían probar su idea: abrir las dos hojas de la cancela.
La primera hoja se abre y se cierra sola. La segunda no se abrió. Tiene pintura encima de la pintura, y un tornillo en el suelo.

—Pues entonces la etiqueta está mal —dijo Julita.
—Seguro —dijo Noa.
Lo decidieron en dos segundos. Saqué el lápiz para la rayita. Era la quinta.



No la hice.

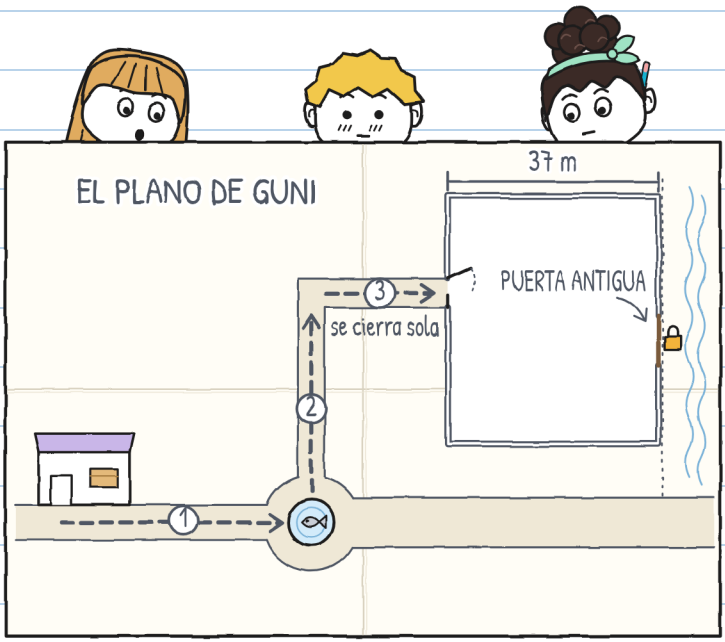
Miré la fila de rayitas. Faltaba una. El martes, detrás de la tapia, yo también decidí una cosa sin preguntar a nadie: callarme.



—La etiqueta no está mal —dije. Me salió más alto de lo que quería—. El patio tiene otra puerta. Está detrás, en el callejón del canal. Es vieja y tiene un candado. La encontré el martes.

Saqué el plano y lo desdoblé encima del teatrillo.

—¿El martes? —dijo Julita.
—El martes. Lo guardé para tener razón después.



Nadie dijo nada durante un rato. Lo medí: fue largo.
—Vale —dijo Noa. Y copió la puerta en su mapa.
Julita no dijo «vale». Movía un pie.
—Ayer nos habría venido muy bien.
—Ya.

En el patio no hay rincón. Tampoco lo busqué. Me quedé donde estaba, con el plano abierto.

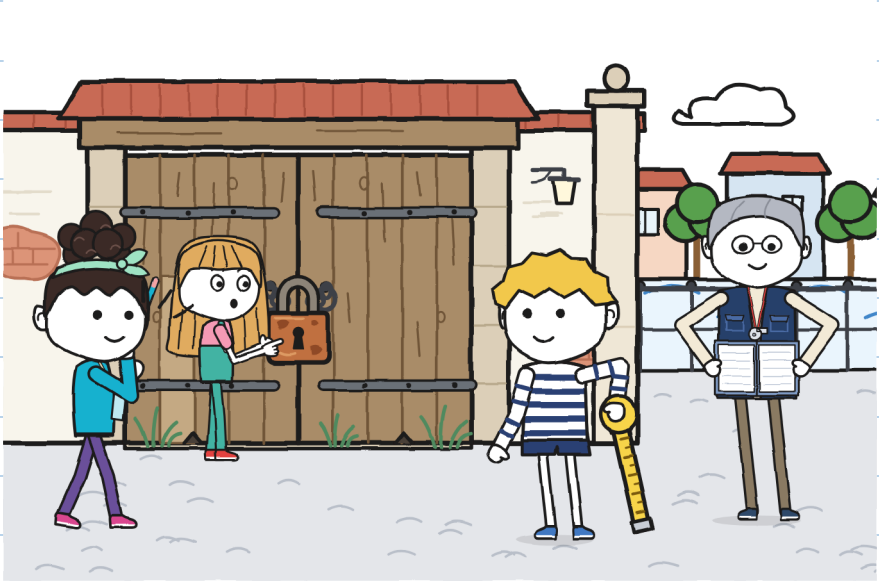


No dije «vale» porque no era verdad todavía. —J.

Fuimos a verla los tres, con Irene. Noa contó la tapia: sesenta y cuatro pasos. Yo ya la tenía: treinta y siete metros. Salía lo mismo.

La puerta antigua es de madera, de dos hojas, ancha como la cama de un gigante. El candado tiene más óxido que candado.

—Lleva años cerrada —dijo Irene—. Yo siempre la he visto así.



Irene buscó en el registro del centro hasta una hoja amarilla.

—Aquí está. Cuando esta puerta se usaba, al patio se entraba por dos sitios: por la cancela o por aquí. Lo llamaban «el de las dos puertas». Y de todos los grupos, solo el teatro ensaya en el patio.

—Entonces la etiqueta no es un acertijo —dijo Noa.

—Es una dirección —dije yo.

«Taller del patio. Entrada por las dos puertas.» Estaba bien escrita. Era vieja, nada más.

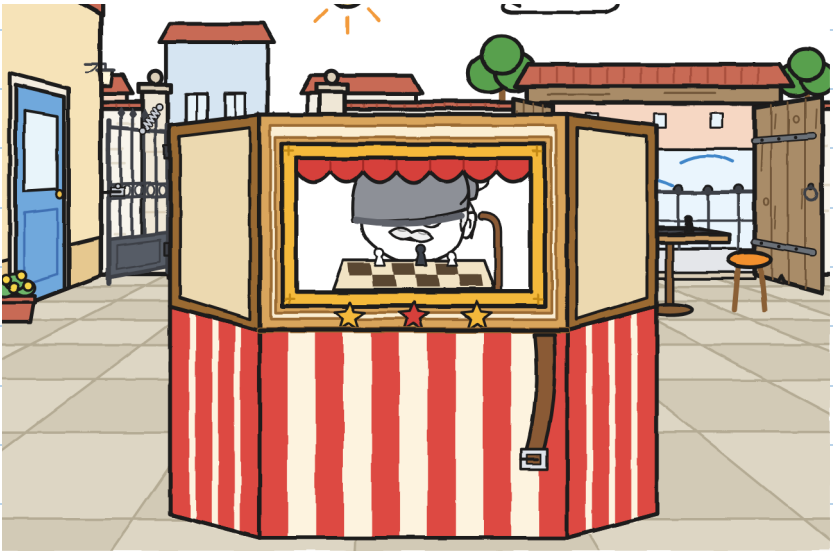


Mara dijo luego que vio ese candado nueve veces. Creyó que una puerta cerrada ya no contaba. —J.

La llave estaba en la carpeta, en un sobre: «Puerta antigua. No perder». Irene abrió el candado. La puerta hizo un ruido de barco.

Dentro, en el patio, los del ajedrez habían sacado las mesas al sol. Irene abrió el teatrillo en medio, para ver cuánto sitio dejaba entre las dos puertas. Dejaba de sobra.

Por la ventana del teatrillo se veía a don Antonio, con la boina sobre los ojos. Estaba pensando una jugada. Roncaba un poco.



—El sábado abriré las dos —dijo Irene—. Las bicis entran por la antigua, desde el callejón del canal. Las cargas a pie, por la cancela, desde la acera. Así no se cruzan.

—Pero la antigua es más ancha —dijo Julita—. Y no se cierra sola.

—Y la cancela es la vuestra. Si el taller lleva el teatrillo a una plaza, habrá puertas peores.

Julita abrió la boca. Miró a Noa. Me miró a mí.

—¿Tú qué dices?

Era la primera vez en toda la semana. Lo apunté con la fecha.



Dije que la cancela, pero ensayada. Noa dijo lo mismo. Julita dijo que vale, y esta vez era verdad a medias.

Después arreglamos el medidor. Tenía tres casillas y ninguna servía para lo de ayer ni para lo mío.

EL MEDIDOR DE TRES (CON CUATRO)

	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 	AVISAR 
patio, segundo intento	Julita y Noa	Julita y Noa	Guni	Guni, no
tienda → fuente	Guni y Noa	Julita	Julita	*nadie*

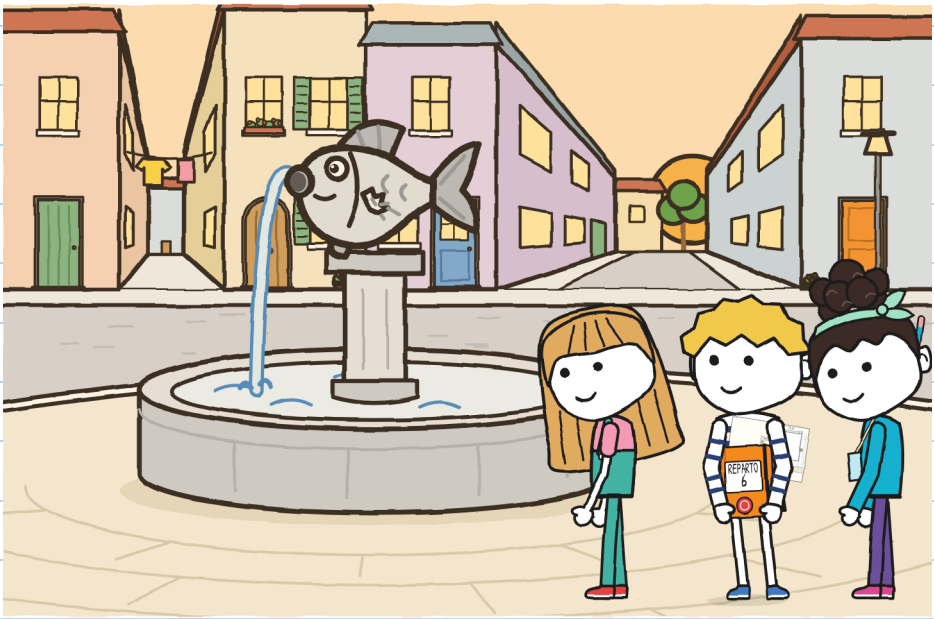
 AVISAR: decir lo que uno sabe

El medidor de tres tiene cuatro casillas. No me quejo. La cuarta es la que más me cuesta. —J.

Volvimos por la fuente. Me paré delante del pez, por su lado cojo.

—¿Me contáis la historia?
—Es larga —dijo Julita.
—El sábado —dijo Noa—. Si llegamos.

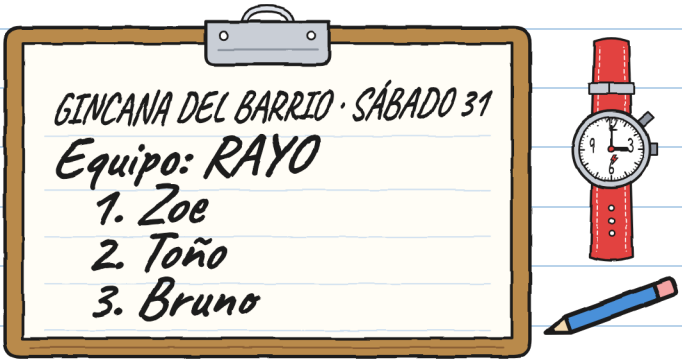
No era un no. Guardé el plano en el cuaderno, esta vez sin doblar, con medio plano asomando.



CAPÍTULO 4

¿Puede dirigir cualquiera?

El viernes vino Toño a la tienda con el reloj, un lápiz y la hoja de inscripción de RAYO.



—La ha escrito Zoe —dijo—. Bruno le dictó: «Bruno, con be».

—¿Y Zoe?

—Escribió Bruno. Con be.

Luego se sentó en su caja y puso el reloj a cero.

—Hoy cronometro. No opino. Apunto qué hay que repetir.

Idea de Noa: relevos. Tres tramos, y en cada uno orienta otro. Idea mía: que orientar y abrir paso sean de la misma persona, la que va libre, porque las otras dos solo ven teatrillo. Idea de Julita: empezar ya.

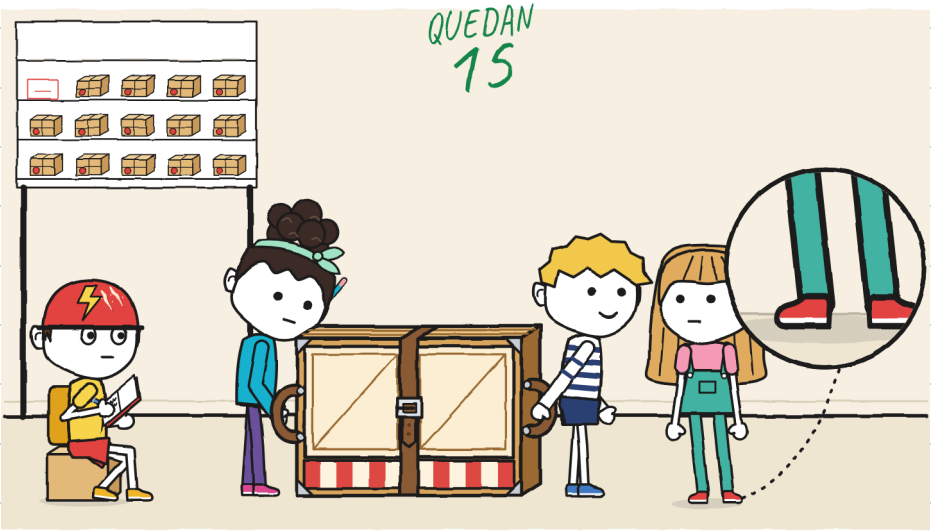
—¿Quién orienta el primero?
Señalamos los tres a la vez. Cada uno señaló a otro.

Toño lo apuntó. Irene esperaba en la puerta, con la carpeta, sin opinar tampoco.



Antes de levantar el teatrillo, Julita dijo:
—Una cosa. El miércoles di una indicación que solo entendía Noa y luego dije que tú te habías perdido. No dijo nada más. No hacía falta: estaba todo.

—Vale —dije. Lo aprendí de Noa.
—¿De qué lado le falta la aleta al pez? —pregunté.
—Del izquierdo, según llegas. En la fuente, giro a la izquierda. Te aviso cinco pasos antes.
—Eso sí es una indicación.



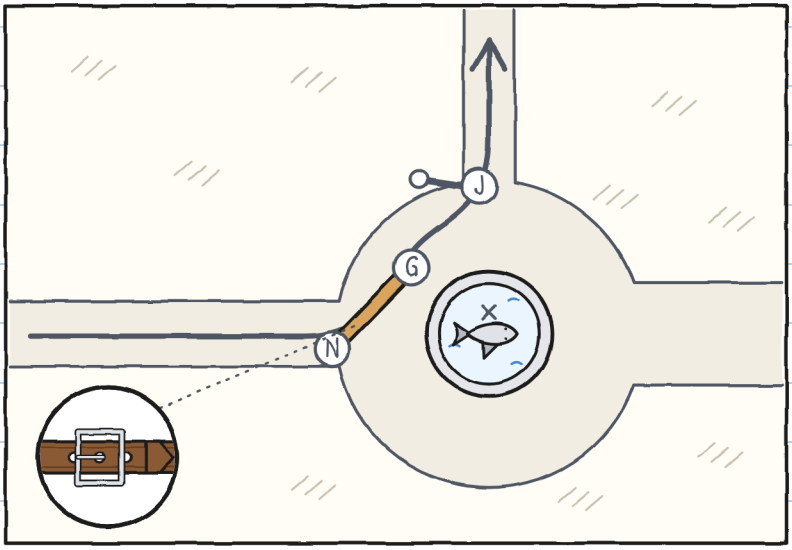
Los dos pies quietos. Compruébalo en el dibujo. —J.

Tramo uno. Noa abrochó la correa en el segundo agujero.

—Cinco pasos... ¡Giro a la izquierda!
—¡Correa! —dijo Noa. Y la sujetó.

Giramos alrededor del pez cojo como si lo hubiéramos hecho siempre. Ningún clac.

—Tramo uno: seis minutos —dijo Toño—.
Repetido: nada.

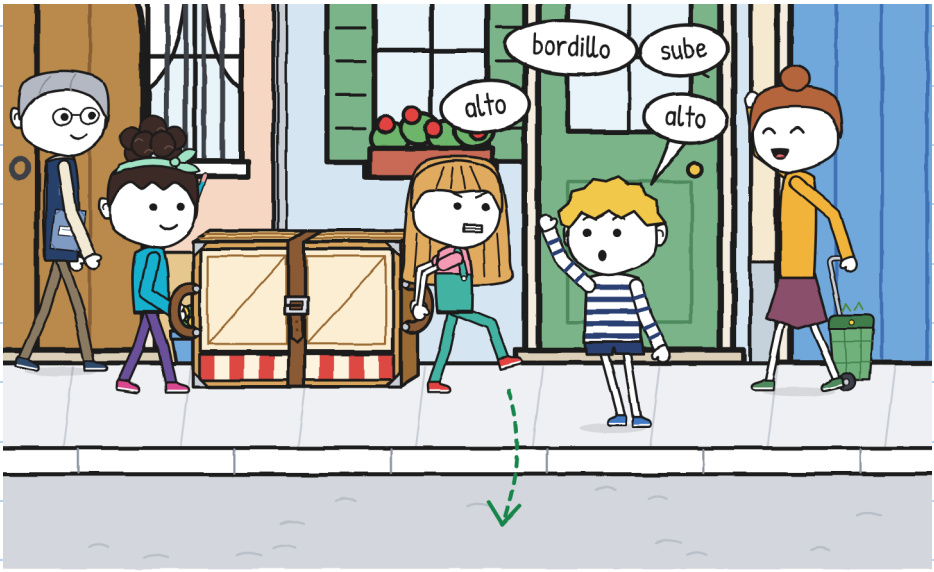


Tramo dos, de la fuente a la esquina. Cargaban Julita y Noa. Orientaba yo.

Yo oriento así:

—Tres pasos. Alto. Bordillo. Sube. Dos pasos. Alto. Una señora. Buenas tardes. Pasa la señora. Cuatro pasos.

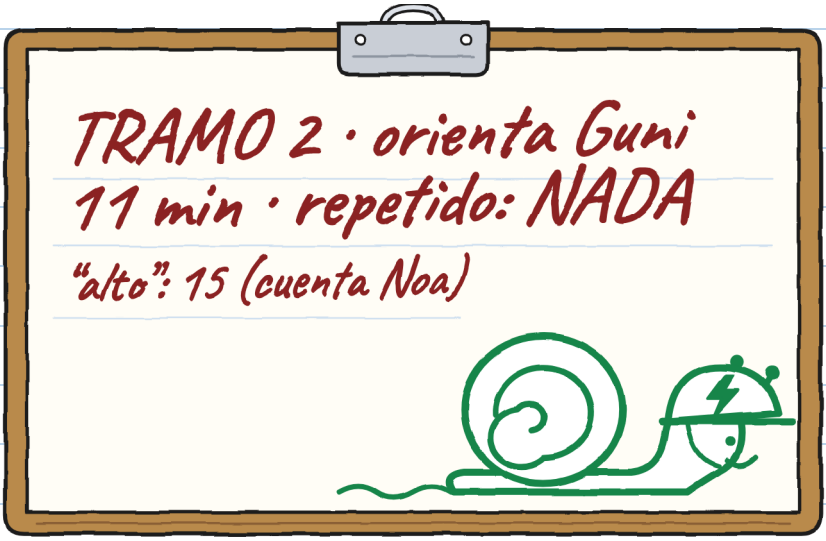
Julita iba delante, con su asa, sin decir ni mu. El pie se le iba solo hacia el camino corto. Lo devolvía al mío.



—Tramo dos: once minutos —dijo Toño—. Es el más lento que he cronometrado en mi vida. Repetido: nada.

Era la primera vez que yo dirigía algo y no había que repetirlo.

—Has dicho «alto» catorce veces —dijo Julita.
—Las he contado —dijo Noa—. Quince.
—Sobraban seis —dijo Julita—. Pero las he hecho todas.



No discutí ninguna. Me dolían los dientes de apretarlos. —J.

Tramo tres, de la esquina al patio. Cargábamos Julita y yo. Orientaba Noa, con el mapa de la gincana que Irene había repartido a todos los equipos.

A los veinte pasos se paró, donde empieza el callejón del canal.

—No sale.

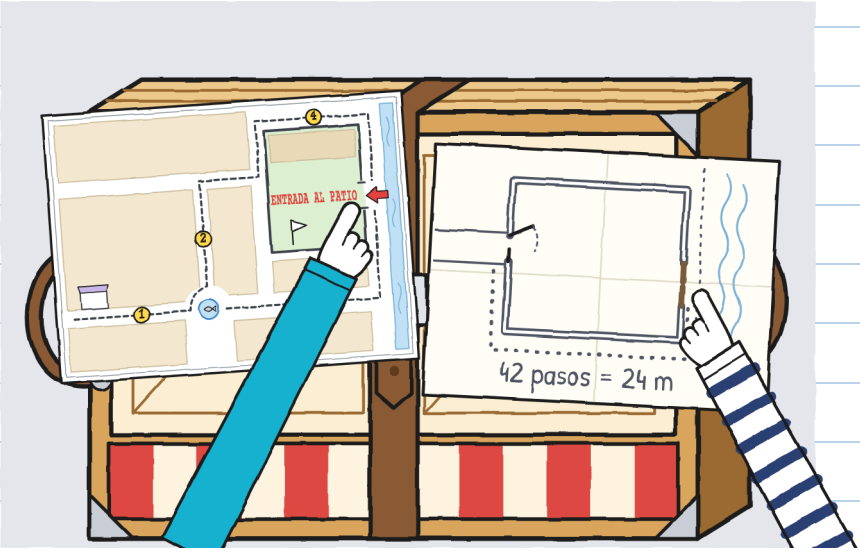
—¿Qué no sale?

—El mapa nos mete por aquí. Hasta la puerta antigua. Y nosotros entramos por la cancela, que está al otro lado.



Dejamos el teatrillo en el suelo. Primero se deja; luego se discute.
Puse mi plano al lado de su mapa. En el mapa de la gincana solo había una entrada pintada, y no era la cancela: era la puerta antigua.
—Es un mapa viejo —dije—. De cuando se entraba por allí.

De allí a la cancela había cuarenta y dos pasos de Noa. O veinticuatro metros míos. Con su paso y mi cinta se puede medir el barrio entero.



—¿Se lo decimos a Irene? —preguntó Julita.
—Y a los demás equipos —dijo Noa—. Si no, los de a pie se meten todos en el callejón. Con las bicis.
Yo no dije nada. Estaba de acuerdo.

Irene corrigió los mapas, uno por uno, con un rotulador rojo. Toño miró el suyo.
—RAYO pensaba entrar por donde decía el mapa.
—Vosotros entráis por ahí —dijo Irene—. Para las bicis, el mapa estaba bien. De casualidad.



Volvimos a la esquina y repetimos el tramo tres, ahora hasta la cancela. Julita y yo cargábamos, y Noa orientó, abrió paso y avisó, todo a la vez:

—¡Alto! ¡Sujeto la hoja! ¡Pasa!

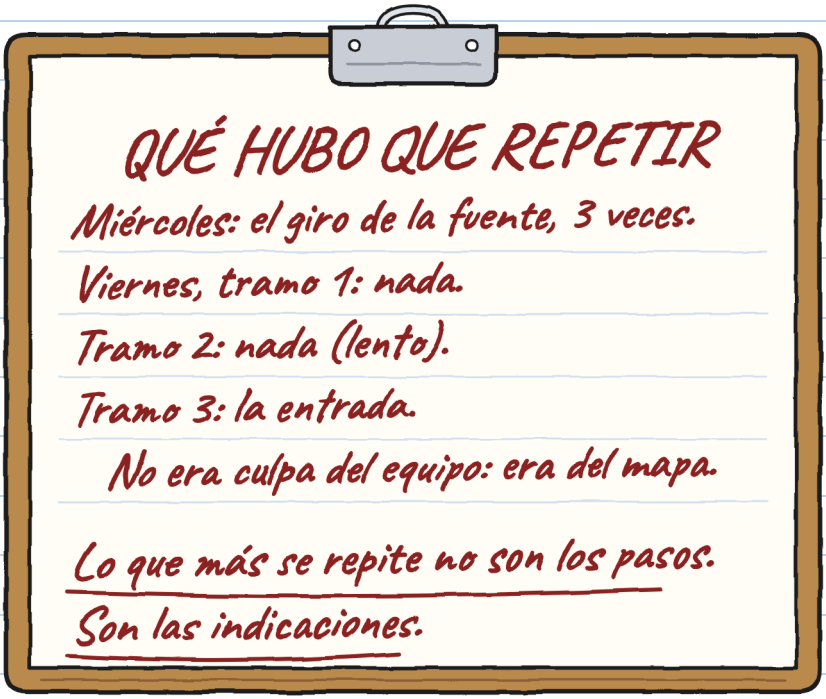
Pasamos. Rellené el medidor.

	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 	AVISAR 
esquina → patio	Guni y Julita	Noa	Noa	Noa: "el mapa está mal"

Primera fila con todas las casillas llenas. Y la cuarta, la de avisar, la había llenado Noa.

La cancela pesa. La sujetó con la espalda, como tú el martes. Lo apunto yo, que tú no lo ibas a apuntar. —J.

Toño nos enseñó su hoja.



—Eso último es una opinión —dijo Julita.

—Es un dato —dijo Toño—. En RAYO, una dirección mal dicha se paga dos veces: a la ida y a la vuelta.

Se puso el casco y se fue a ensayar lo suyo. Tilín.

Por la noche, en la tienda, Mara guardó el teatrillo en su caja. Noa miró la hebilla.

—Mañana, en el tercer agujero. Aunque tarde más en soltarse.

Yo abrí el cuaderno por la esquina de las rayitas. Hoy no había hecho ninguna. Conté cuatro desacuerdos. Los cuatro los dije en voz alta. Gané uno.

DECIDIDO SIN MÍ: ||||
DECIDIDO SIN ELLAS: |

Viernes.
Desacuerdos: 4.
Dichos: 4.
Ganados: 1.



El que ganaste era el de dejar el teatrillo en el suelo antes de discutir. Ese te lo regalo. —J.

CAPÍTULO 5

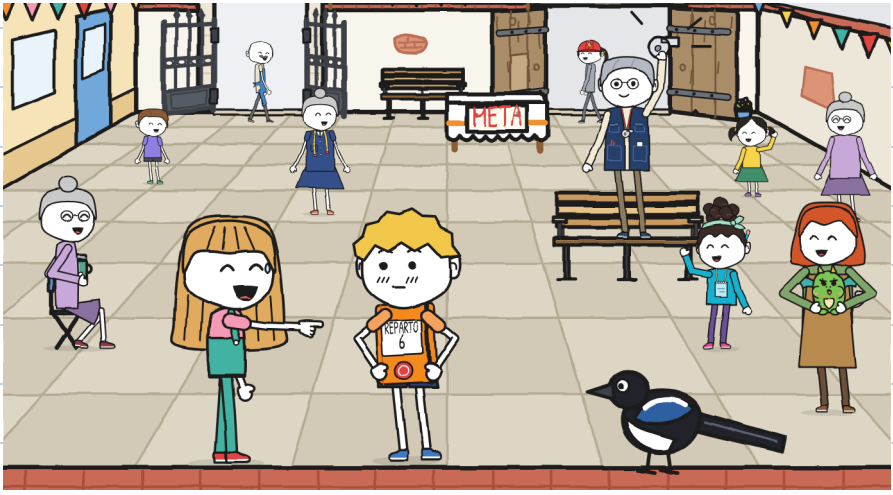
¿Importa llegar primeros?

El sábado me puse la camiseta naranja de los sábados.

—Vas a juego con el cuaderno —dijo Julita.

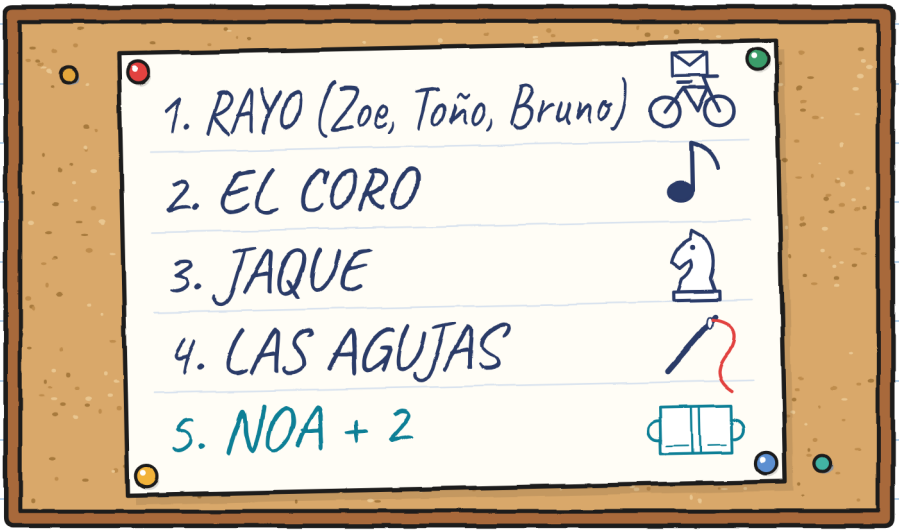
A las once, el patio tenía las dos puertas abiertas por primera vez en muchos años, y gente entrando por las dos. Irene, con el silbato, explicó las reglas:

—Cada equipo trae su carga hasta aquí, pasando por todas las estaciones. Con carga no se corre. Quien corra, repite el tramo. Y gana tiempo quien no repite.



En la lista había cinco equipos. RAYO llevaba un sobre, en bici. El coro, un atril. El ajedrez, un tablero gigante. La costura, un maniquí sin cabeza.

El nuestro lo apuntó Noa el lunes, antes de conocerme:



—Somos «Noa + 2» —le dije a Julita.
—Yo soy el 2 —dijo ella—. Tú serás el más.

Cada equipo salía de la puerta donde dormía su carga. A nosotros nos dio la salida don Antonio, que vive cerca y no corre.

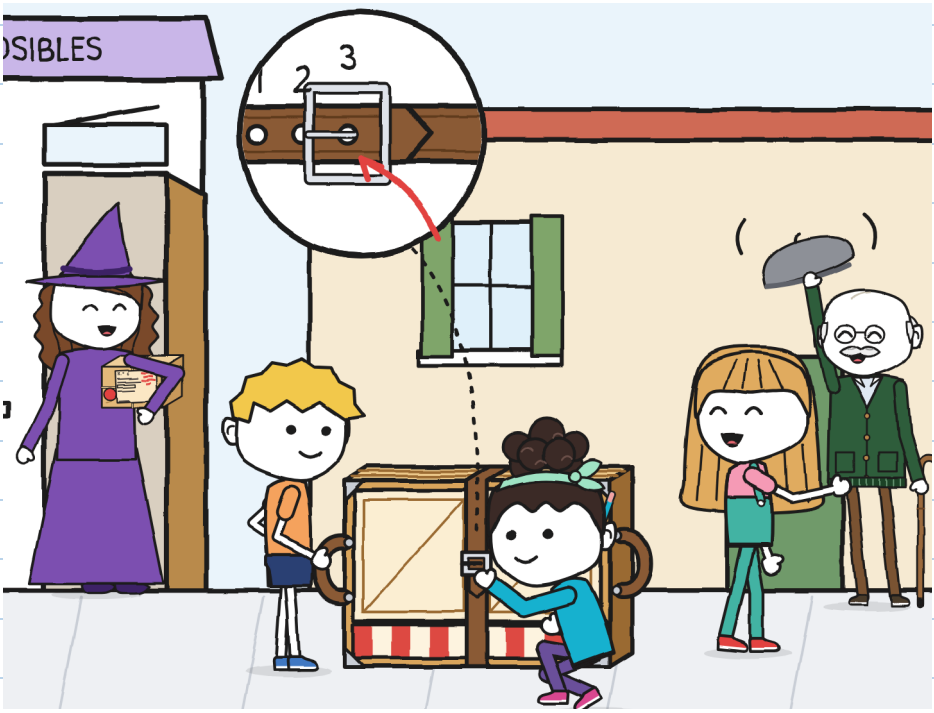
Mara sacó el teatrillo. Noa abrochó la correa deprisa y lo levantamos. Clac: un panel se abrió un palmo.

—Al suelo —dije.

Nadie discutió. La segunda vez, Noa la abrochó despacio, en el tercer agujero, y tiró dos veces para probarla.

Don Antonio bajó la boina, que hacía de bandera.

—Con calma —dijo—, que es como se llega.



Tramo uno. Julita orientaba.

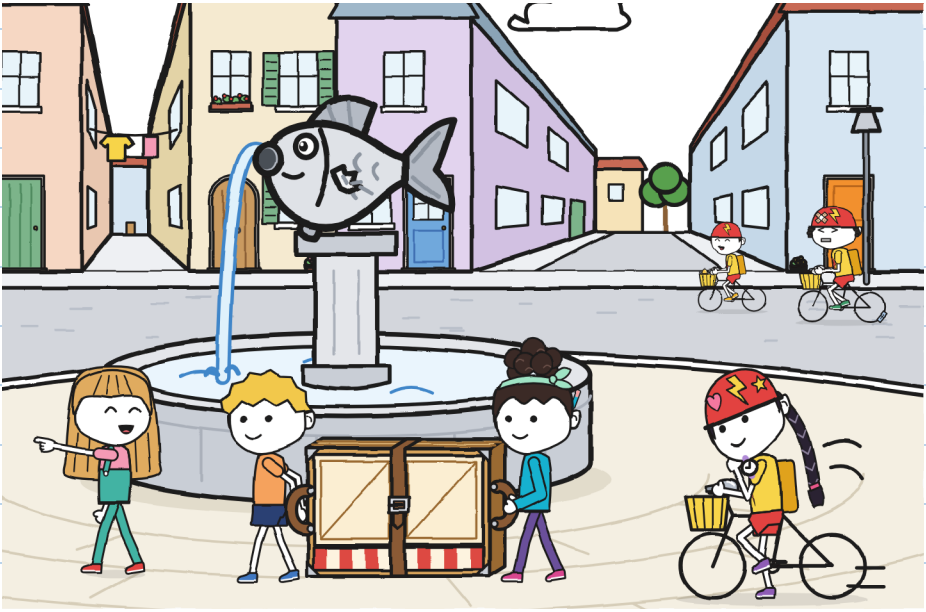
—Cinco pasos... ¡Giro a la izquierda!

—¡Correa!

Girábamos despacio alrededor del pez cojo, ocupando toda la esquina, cuando llegó Zoe en la bici. Iba la primera de todos. Frenó y puso un pie en el suelo.

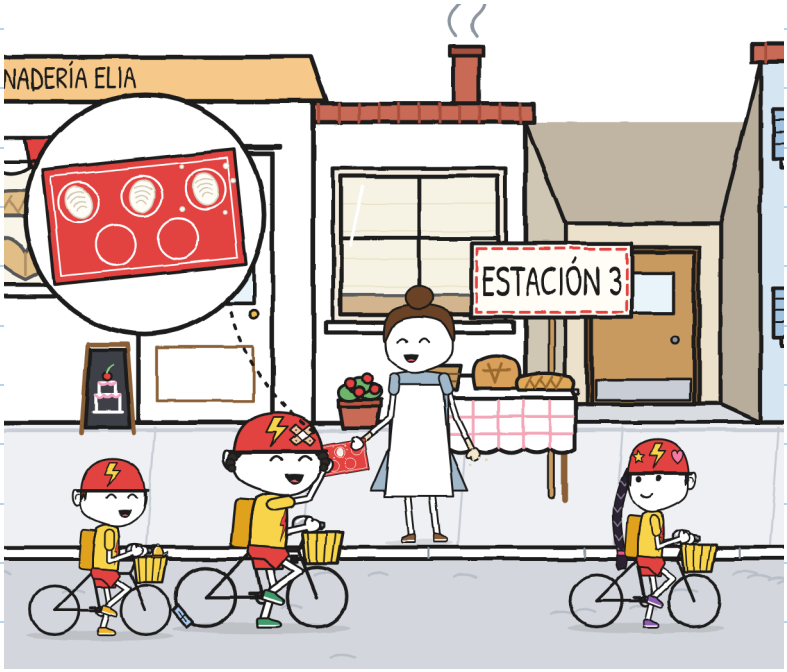
—Pasad vosotros. Con eso no se corre.

Esperó hasta que salimos de la curva. Luego se fue. La adelantamos durante veinte segundos. Lo cronometró ella misma.

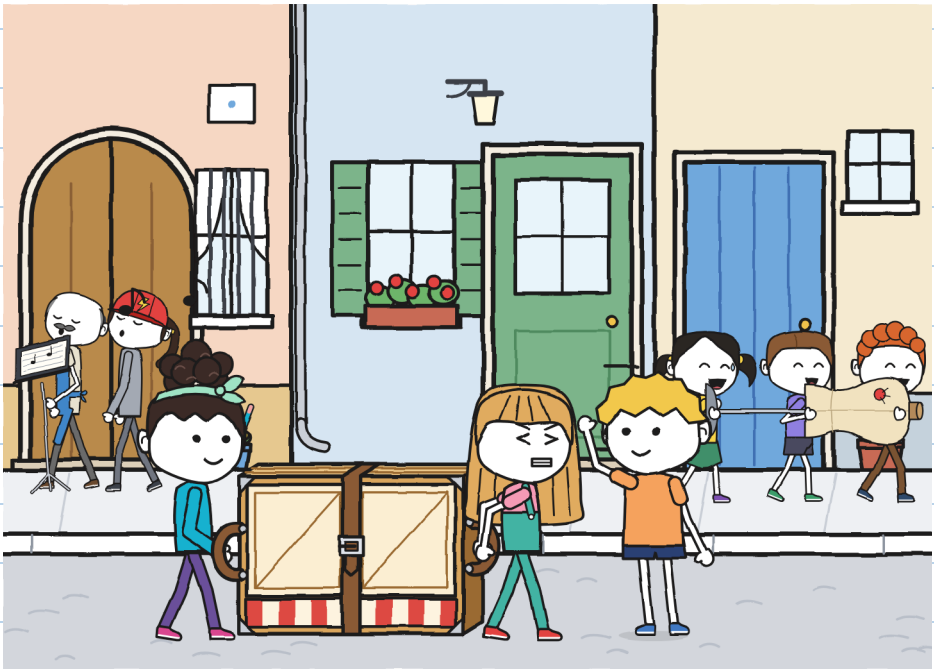


En cada estación sellaban una tarjeta. La de la panadería la llevaba Elia, que sellaba con el pulgar lleno de harina.

RAYO pasó tres veces por delante de nosotros, cada vez por una calle distinta. Toño llevaba las dos manos en el manillar y tocaba la campanilla en las esquinas. Bruno llevaba el sobre. Zoe iba delante y los esperaba en cada estación, sin tocar la tarjeta hasta que estaban los tres.



En el tramo dos nos adelantó el coro con su atril.
Corriendo. Sonó el silbato de Irene y el coro volvió a la fuente, cantando bajito.
Nos adelantó el ajedrez. Nos adelantó hasta el maniquí.
Julita no corrió. Bueno: se le fue un pie. Lo devolvió.
—¿Importa llegar primeros? —preguntó.
—La etiqueta no dice «primeros» —dijo Noa—.
Dice «plegado».
—Bordillo —dije yo.



Tramo tres. Orientó Noa hasta la cancela. Allí dejamos el teatrillo en el suelo.

—¿Quién abre? —preguntó Julita. Y esperó la respuesta.

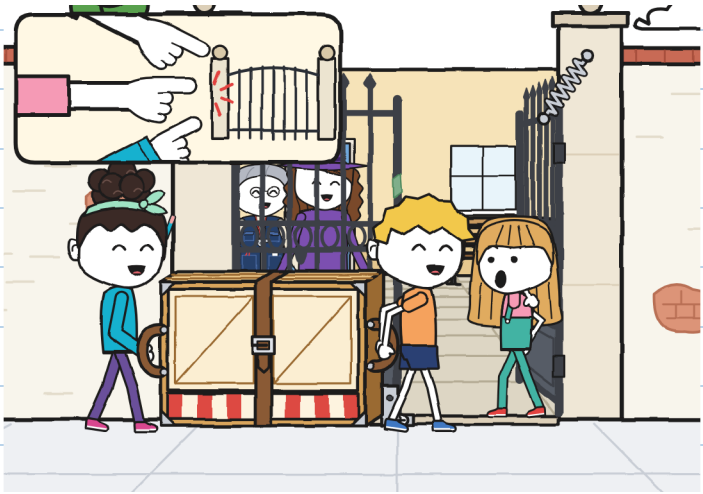
Señalamos los tres a la vez. Los tres, al mismo sitio: Noa señaló la cancela, Julita señaló la cancela y yo señalé la cancela. Luego nos reímos, porque así no se decide quién.

—Tú —dijimos Noa y yo. Noa pasó a su asa.

Julita la sujetó con la espalda y con las dos manos.

—¡Alto! ¡Sujeto la hoja! ¡Pasa!

Pasamos. Plegado. Entero.

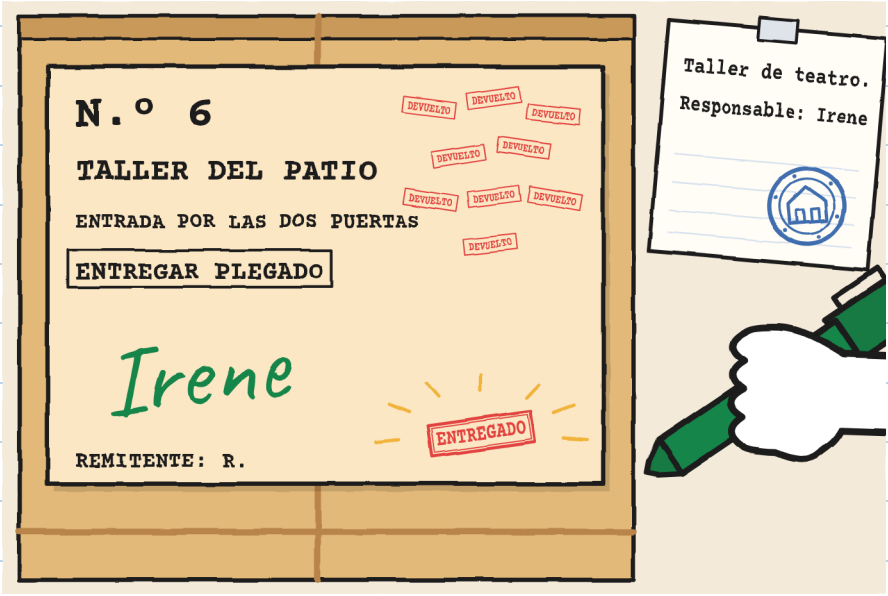


—Cuarenta y un minutos —dijo Irene.

RAYO había tardado catorce. Estaban los tres sentados en el suelo, al lado de las bicis, sin sudar.

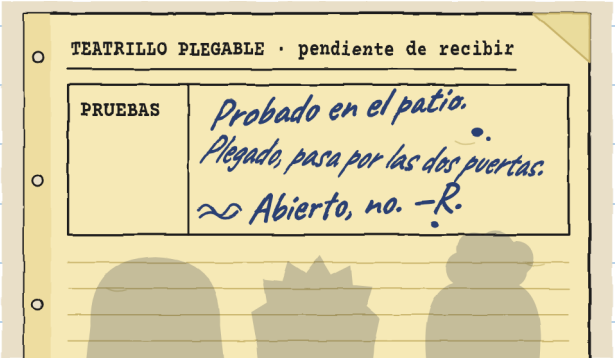
Mara vino con la caja bajo el brazo. Irene miró el teatrillo en el suelo de su patio, plegado, con la correa en su sitio. Abrió la carpeta y le enseñó a Mara la hoja del registro. Julita le dio el rotulador verde.

—Me sirve —dijo Irene. Y firmó en la etiqueta.



En la etiqueta apareció la palabra ENTREGADO. Nadie la había escrito.

Irene abrió el inventario para apuntar el teatrillo. No hizo falta: ya tenía su página, y la página tenía una línea antigua, con muy mala letra.



—Es de antes de que yo llevara el taller —dijo Irene—. No sé quién es.

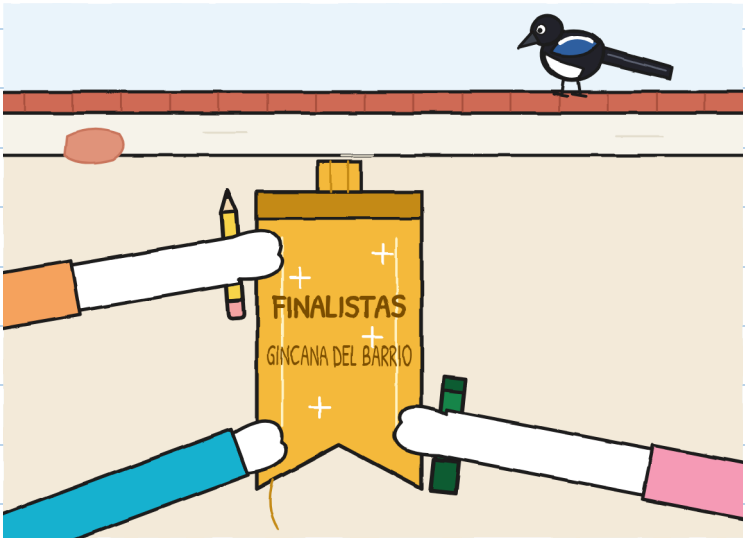
—Nosotros tampoco —dijo Julita—. Pero vamos sabiendo cosas.

R. estuvo en ese patio y probó el teatrillo antes de mandarlo. Esta vez midió las dos puertas: la cancela y la antigua.

La puerta de Elia. Las dos del patio. Mide puertas. Lo guardo para la ficha. —J.

Ganó RAYO, sin repetir un solo tramo. El premio era una hogaza de Elia con un 1 de harina. Zoe la partió en tres trozos. El de Bruno era igual de grande que el suyo.

A los equipos que llegaron con la carga entera, Irene les dio una cinta.



—Finalista es el que llega el último —dijo Julita.
—Es el que llega al final —dijo Noa.
—Llegamos los últimos al final —dije yo—. Vale para las dos.

—Ya que está aquí —dijo Irene—, habrá que estrenarlo.
Lo abrieron entre Mara y ella. Nosotros, detrás.
Teníamos dos minutos para inventar una función. Noa repartió los papeles. Antes preguntó:
—¿Quién quiere hablar poco?
Levanté la mano.
Miga se soltó de Vera, voló un metro y se posó encima de un panel, con la cola colgando por delante de la ventana. Era la función y todavía no había empezado.



La función se llamó «El paquete que no quería entrar». Julita hacía de Mara, con un cucurucho de papel por sombrero. Noa hacía de todas las puertas. Yo hacía de paquete, asomado a la ventana.

—¿El taller? —decía Noa—. Aquí, costura.

—DEVUELTO —decía yo.

Lo dije nueve veces. El público las contaba. La décima vez, Noa abrió los brazos, y yo dije la otra palabra.

Para saludar nos asomamos los tres a la ventana.

Cabíamos. Apretados.



No se reparte en trozos. Se aprieta uno. —J.

CAPÍTULO 6

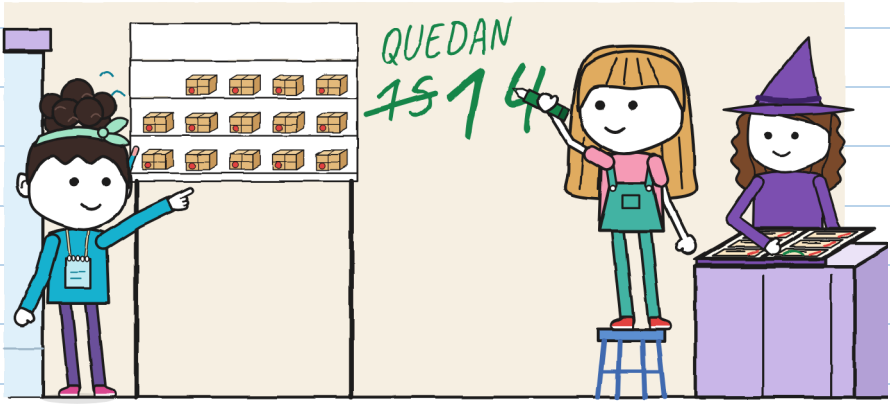
¿Qué queda cuando acaba la prueba?

Por la tarde volvimos a la tienda con la etiqueta. Noa vino también. Julita miró el cartel. Luego miró a Mara.

—¿Puedo?

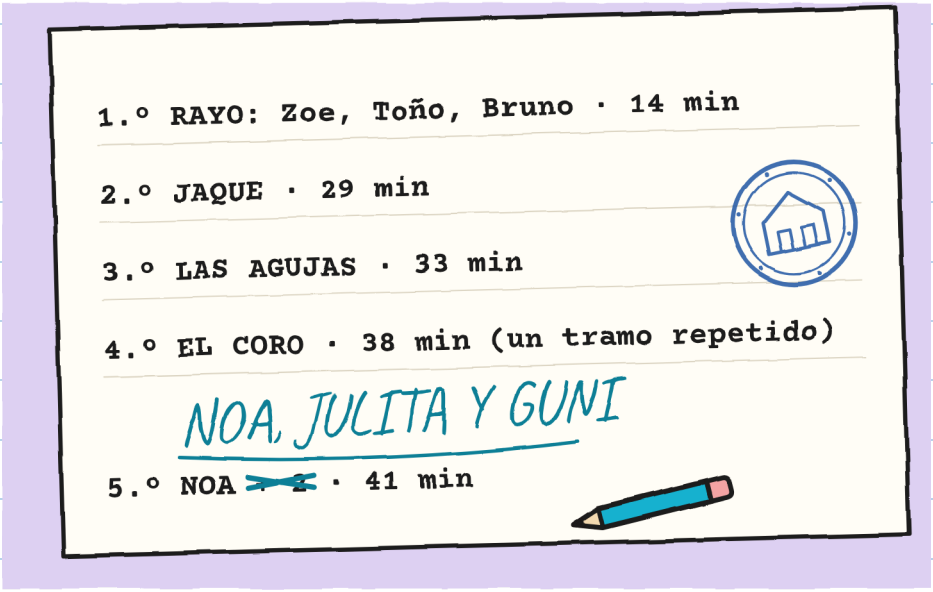
—Es tu cartel.

Julita tachó el 15 y escribió, grande, 14. Mara pegó la etiqueta en su libro, con las otras cinco.



Noa los contó en voz baja. Le salieron catorce. Sabe contar. —J.

Toño trajo la clasificación, para que la apuntara en el cuaderno.



La miré dos veces. «Bruno» estaba entero, sin tachar y sin nada encima.

Lo de nuestro equipo lo arregló Noa con su lápiz turquesa, sin que nadie se lo pidiera.
—El lunes no sabía cómo os llamabais —dijo—. Bueno. Cómo se llamaba Guni.

Saqué la ficha de R. Llevaba once pistas. Añadí una. Toño la leyó. Leyó también lo suyo, más abajo. No tachó nada.

—Probó el teatrillo —dijo—. Mi campanilla, no la probó.

—Eso no lo sabemos —dijo Julita.

—De mi campanilla no hay ninguna línea en ningún inventario —dijo Toño. Y eso también era verdad.

LO QUE SABEMOS DE R.

?

R.



1-11 (cuadernos 2, 3, 4 y 5)

12. Probó el teatrillo en el patio del centro antes de mandarlo.
Está en el inventario.

PENDIENTE: me debe una explicación.

A mí también. —V.

Gracias. Tarde, pero cabe. —E.

Luego desdoblé el plano en el mostrador. Bueno: ya no estaba doblado.

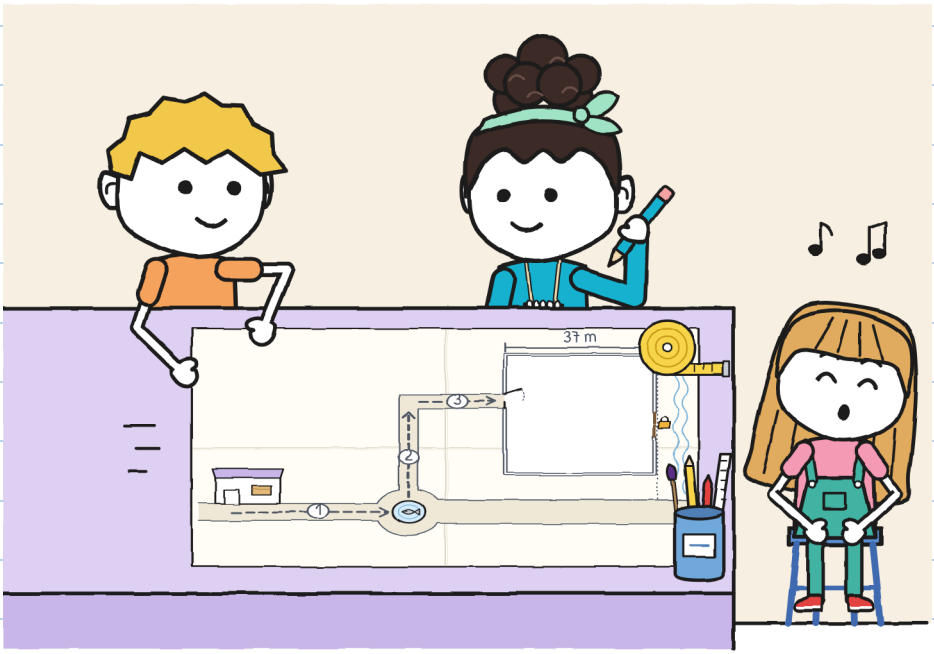
—Le falta tu parte —le dije a Noa—. Lo que hay de la fuente para allá. Yo de esas calles solo sé los metros.

Noa miró a Julita. Julita miró al techo, que es su manera de no meterse.

—¿Puedo pintar en él?

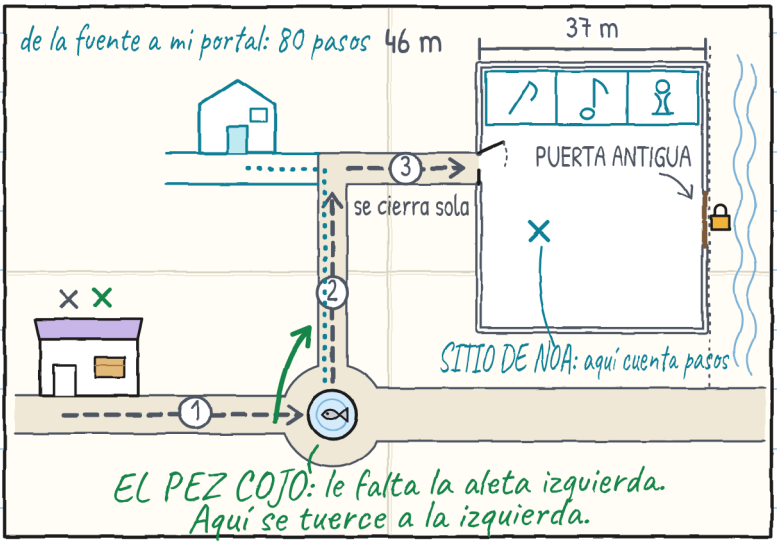
—Para eso te lo enseño.

Sacó el lápiz de detrás de la oreja.



Noa añadió su calle, el centro por dentro y las distancias, en pasos. Yo puse los metros al lado. Julita no aguantó más y escribió el rótulo de la fuente.

EL PLANO DEL BARRIO (DE LOS TRES)



Y mientras pintaban me contaron la historia del pez cojo. Es larga. No es tan buena como dicen. Pero ahora me la sé.

Es buenísima. Lo que pasa es que la contamos mal: nos pisamos. —J.

Julita llevaba la cinta atada a la muñeca. Se le habían soltado ya tres hilos.

—Si me la quedo yo, el lunes es un fleco —dijo—. ¿La guardamos en el cuaderno?

La pegamos en la primera página, debajo de COMPARTIDO, con un trozo de cinta adhesiva en cada punta. La dibujé con sus hilos sueltos. Si se deshace, se deshace: no la voy a dibujar más nueva de lo que es.



Mi cuaderno no cierra tan bien como el tuyo.

Por eso. —J.

Noa pasó las páginas hacia atrás, con permiso, y llegó a la esquina de las rayitas.

—¿Y esto?

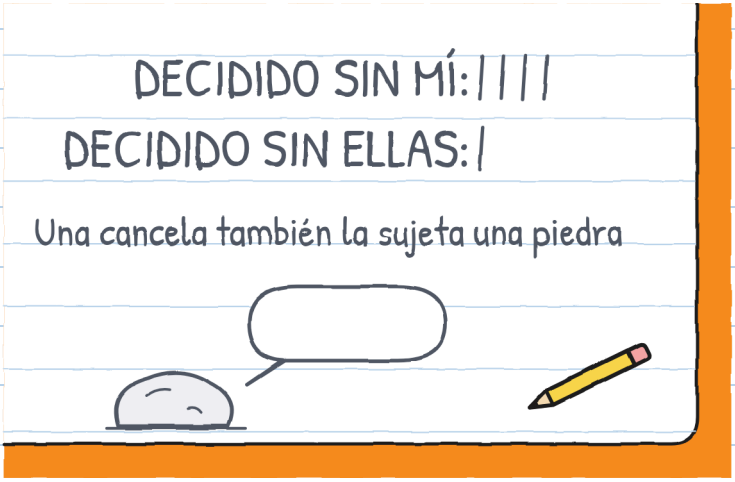
—Una cuenta que llevaba mal.

—¿Y esto otro? —Leyó en voz alta—: «Una cancela también la sujeta una piedra».

—Lo pensé el martes.

—Una piedra no dice «bordillo» —dijo Noa—. Ni quince veces «alto».

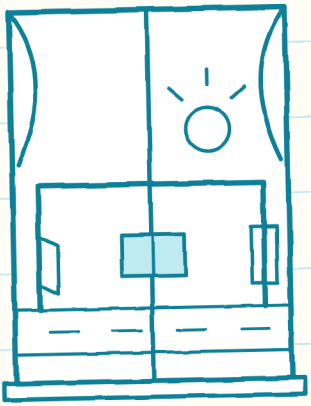
No borré las rayitas. A lápiz se puede, pero no quise.



No las borres. Son un poco mías. —J.

El domingo, al amanecer, vigiló Noa, que vive enfrente del centro. A las nueve trajo una nota a la tienda. Venía contando pasos.

7:38: el teatrillo, en el taller, plegado.
7:44: amanece. No se mueve.
7:50: sigue. Pasos que ha dado: cero. —Noa



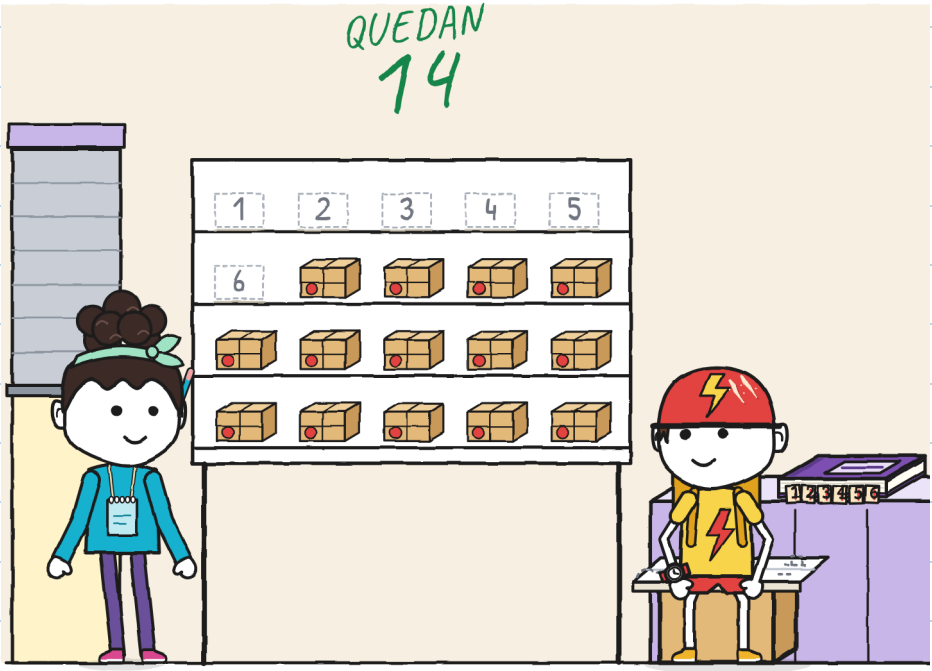


Vigila mejor que yo, cuenta mejor que yo y no hace pan. Dos de tres. —J.

Mara subió la persiana a medias para dejarnos pasar, y dibujé la estantería: catorce paquetes y seis huecos. El cartel no hubo que tocarlo.

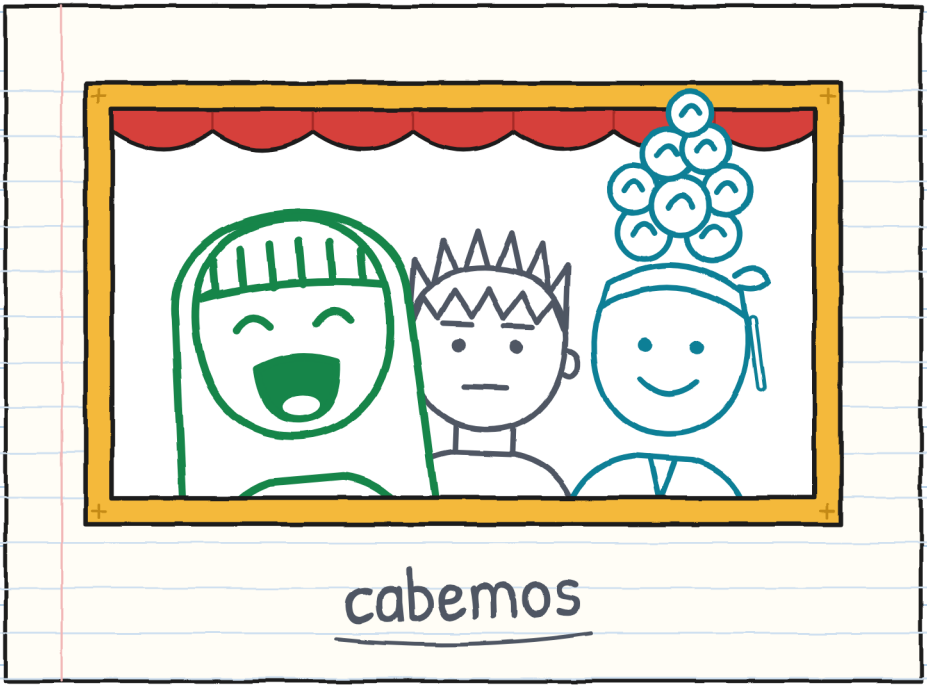
—Seis —dijo Mara. Y cerró su libro.

Toño estaba en su caja, con el casco puesto, aunque era domingo. Noa se quedó de pie, al lado de la puerta. Nadie le dijo que se sentara ni que se fuera. Vino porque quiso, y el lunes tiene ensayo.



Para terminar el cuaderno dibujé la ventana del teatrillo, vacía.

Cada uno se dibujó dentro. Yo, a lápiz. Julita, en verde. Noa, en turquesa. Noa pidió permiso antes de pintar en mi cuaderno. Julita, no.



Compartido es compartido. Lo pone en la primera página. —J.

ENTREGA N.º 6. Tramo a tramo:

TRAMO		QUIÉN LLEVABA	QUIÉN GUIABA	QUÉ HUBO QUE REPETIR
	Tienda → fuente del pez cojo	Guni y Noa	Julita	el giro de la fuente (tres veces)
	Fuente → esquina	Julita y Noa	Guni	nada (pero despacio)
	Esquina → patio	Guni y Julita	Noa	la entrada: el mapa era viejo
	El sábado	los tres	los tres, por turnos	la correa (a la segunda, en el tercer agujero)
	Antes de nosotros	Mara, sola	nadie	nueve viajes
	R.	?	?	no lo sabemos

	CARGAR 	ORIENTAR 	ABRIR PASO 	AVISAR 
1	Guni y Noa	*Julita*	*Julita*	*Julita*
2	Julita y Noa	Guni	Guni	Guni
3	Guni y Julita	*Noa*	*Noa*	*Noa*

Tres casillas. Bueno, cuatro. Tres nombres. Ninguna vacía. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 7

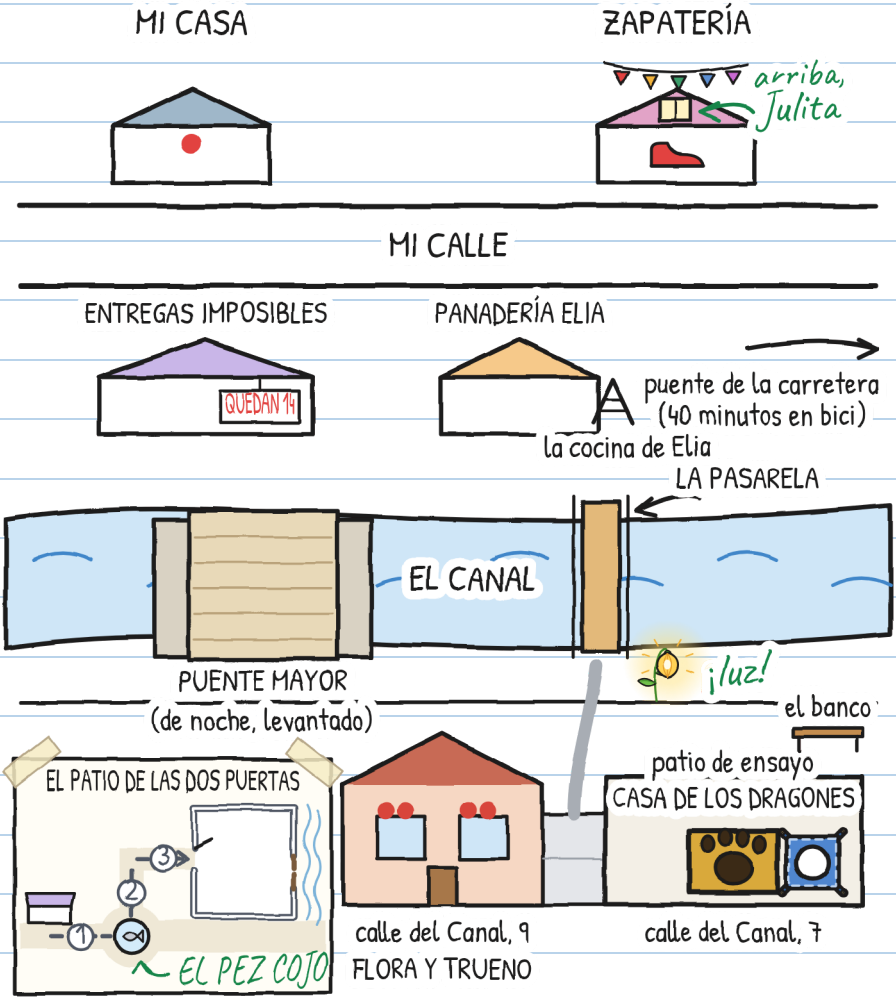
(muy pronto)



Esta vez la etiqueta pedía una hora a la que yo ya estoy en pijama.

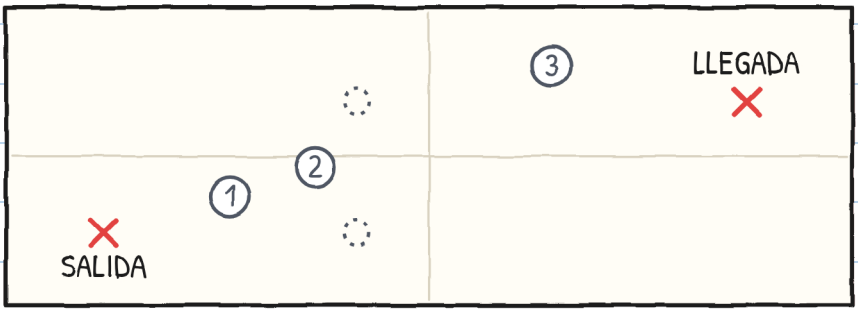
¿Quién está despierto cuando los demás cierran?
Aparte de mí. —J.

EL BARRIO (versión 6)



TU TRAYECTO

¿Quién carga? ¿Quién orienta? ¿Quién abre paso? ¿Quién avisa?



EL MEDIDOR DE TRES

	CARGAR	ORIENTAR	ABRIR PASO	AVISAR
tramo 1				
tramo 2				
tramo 3				

Si en una casilla sale siempre el mismo nombre, cambia. –J.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Hay seis tallas, de 3 a 16 años, y más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L tienen las mismas páginas y los mismos dibujos. La XL es una novela. Solo cambia cómo se cuenta.

TALLA XXS · PRE-A1
GUNI ESCRIBIÓ UNA PALABRA Y DEJÓ SITIO. ¿VES LA PALABRA «COMPARTIDO»?

TALLA XS · A1
Escribí una sola palabra. Dejé media página libre. No duró libre ni un minuto.

TALLA S · A2
En la primera página escribí una palabra. Dejé media página libre, por si acaso. No estuvo libre ni un minuto.

TALLA M · B1
En la primera página escribí una sola palabra. Dejé media página libre, por si acaso. No duró libre ni un minuto.

TALLA L · B2
En la primera página escribí una sola palabra y dejé media página libre, por si acaso. No duró libre ni un minuto.

TALLA XL · B2-C1
Novela ilustrada · 13+

Niveles del MCER orientativos, para quien aprende español.

Cada uno en su talla. El mismo teatrillo. —J.

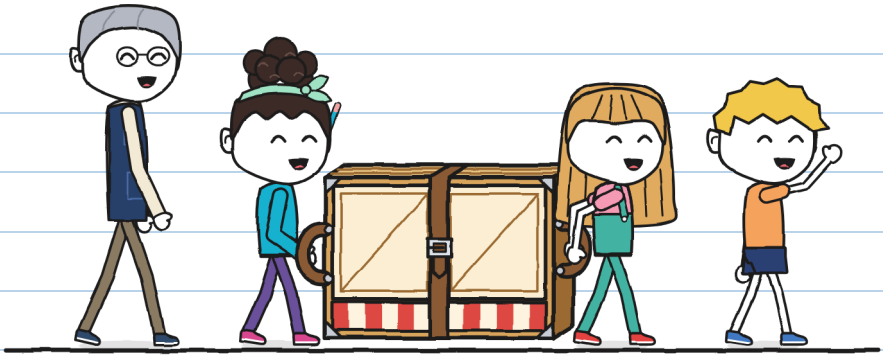
PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

TRASLADO DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Antes de salir, mira el camino entero.
2. Una persona va libre: abre puertas y avisa.
3. Las manos, en las asas. Lejos de bisagras y cierres.
4. Con una carga no se corre ni se compite.
5. Si alguien dice «alto», paran todos.
6. Primero se deja en el suelo; luego se discute.
7. Lo grande se abre y se pliega entre dos, con un adulto.

El sello SOLO EN EL CUENTO marca lo que puede pasar en un cuento, pero no en un traslado de verdad.



Y si sabes algo del camino, dilo antes. —J.